10340

Soledad

E. Blasco

14

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/soledadcomediaen00blas

SOLEDAD.

LIBRERIA
DE
RUFINO ESTÉBAN
Calle del Caballero de Gracia, 8
Hay un abundante surtido de comedias modernas, usadas, á la mitad de su precio.

OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

La antigua española.
La mujer de Ulises. (4.ª ed.)
La tertulia de confianza.
El jóven Telémaco. (4.ª ed.)
Un jóven audaz. (2.ª ed.)
El amor constipado.
El vecino de enfrente. (3.ª ed.)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco. (3.ª ed.)
No la hagas y no la temas. (2.ª edicion.)
La mosca blanca.
Los dulces de la boda.
El miedo guarda la viña.
La Rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesion por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos.
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (2).
Juan García.
Pobre porfiado.
Las niñas del entresuelo.
El rinconcito.
El baston y el sombrero.
Soledad.

LIBROS.

Obras festivas en prosa.—Cuentos alegres.—Madrid por dentro y por fuera (3).—Una señora comprometida (2.ª edicion.).—Esto, lo otro y lo demas allá.—Soledades. (Poesías.)—Flaquezas humanas, cuentos y relaciones.—Noches en vela, poesías.

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion.—(2) Idem.—(3) Obra en colaboracion con los principales escritores.

SOLEDAD

COMEDIA EN TRES ACTOS EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Repreeentada por primera vez en el Teatro de la COMEDIA el 21 de Diciembre de 1878.

COMPRA Y VENTA DE COMEDIAS USADAS
LIBRERÍA DE AMALIO
CALLE DE LA PAZ 1-MADRID

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ -CALVARIO, 18.
1879.

REGIO.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOLEDAD	SRTA. FERNANDEZ.
FELISA	SRA. TUBAU.
DOÑA LIBORIA	VALVERDE.
EL DUQUE	SRES. MARIO.
GIL	ROMEA.
GABRIEL	MANINI.
UN CIEGO	RUBIO.
Doctor	Mª Lopez.
D. Simon	Sr Gover

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Molcs, nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Eduardo Hidalgo, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

Noche. Una calle: á ambos lados del espectador casas; la de la derecha con puerta practicable. La de la izquierda con puerta y reja practicable tambien. Al levantarse el telon aparece Soledad en el quicio de una puerta, sentada con algunos números de periódicos en la mano y dormida. En la acera de enfrente, en otro portal, sentado tambien el Ciego, tocando la guitarra y cantando. Está nevando.

ESCENA PRIMERA.

SOLEDAD, el CIEGO.

COL. (Canta despues de un poco de rasgueo.)
Lo que es ya por esta noche
ni cae ná ni se completa
el medio duro; maldita
sea la nieve y la perra
de mi suerte...—¿Quién pide otro?—
¡qué han de pedir si no apenca
po aquí ni un alma perdía!
(Contando los cuartos que sacará del bolsillo.)
Doce... catorce... ¿Esta es buena?
(Sonando la moneda en el suelo.)
Nada, no paren... ¡achís! (Estornuda.)

608108

Claro! Está uno á la *entemperia*,
tó el dia... ¡Achís! Bueno va!
(Parándose á escuchar.)
Se me figura que suena...
Á este pobrecito ciego...
considerad almas buenas...
Santa Lucía bendita...
(Vuelve á cantar como al principio. Al mismo tiempo cruza un transeunte la escena con un paraguas. Soledad despertando un momento y con voz apagada y triste.)

SOL. *Diario*, *Correspondencia*!
COL. Tambien estás tú aviada!
Caballeros! qué boquera!
(Bostezando.)
Me parece que esta noche
me declaro en propia juelga
si me quemo! Soledad!
(Llamándola.)
SOL. Quién llama?
COL. Paece que nieva!
SOL. Pues yo no voy á mi casa
sin juntar las dos pesetas:
ya ves lo que pasó anoche...
COL. Paece que hubo algo é leña!
SOL. Como que una está en poder
de la señora Javiera,
que la recogió á una,
y quiere que por la fuerza
venda unos seis veinticincos
y le ajusta á una la cuenta;
si una no vende el completo
y junta cuatro pesetas,
en seguida... bofetás.
COL. Pues miá que si te golpea
voy allí y le pego fuego
á la casa.
SOL. Á otra con esa.
COL. Di la verdá, si me quieres!
SOL. Yo?
COL. Dilo: pá qué lo niegas?
SOL. Tienes muy malas entrañas!

COL. ¡Ay qué gracia!
SOL. Eres muy plepa.
COL. ¿Porque me gano la vida?
SOL. Pero de mala manera.
COL. En fin, se trabaja bien.
SOL. ¡Quita day!
COL. Oye, morena.
SOL. Miá que estoy muerta de sueño
y dapetito y de pena,
que estoy muy desesperá,
Colorao!
COL. Vaya, dispensa...
SOL. Tengo una gana é morirme...
Diario! *Correspondencia*!
COL. ¡Gente viene! Ayyyyy!!
(Comienza una copla.)

ESCENA II.

DICHOS, GIL.

GIL. Buena noche
para amoríos de reja!
COL. Santa Lucía bendita
les conserve...
GIL. Toma, y echa
á correr, porque te pones
muy pesado cuando empiezas...
Ahí llevas dos reales.
COL. (Ole...)
Adios, Soles; que me quieras.
SOL. *Correspondencia*! *Diario*!
GIL. Si viene el otro será ella.

ESCENA III.

GIL, SOLEDAD, ISABEL á la reja.

GIL. Isabel!
ISABEL. Sólo un momento:
temo que Gabriel acuda,

y está la noche muy cruda.

GIL. ¿Tan poco? Cuánto lo siento!

ISABEL. No te irás sin buenas nuevas.

GIL. Habla.

ISABEL. Ya le he preparado.

GIL. ¿Qué has hecho?

ISABEL. Le he inventado
unos celos, unas pruebas.
Dudas mil de su cariño,
pretextos que ya sabrás,
disgustos de mis papás...

GIL. ¿Se afligió mucho?

ISABEL. Es un niño.
¿Qué no inventa una mujer
que quiere un amor matar,
cuando pretende acabar
y se cansa de querer?
Diérale ha tiempo mi mano
que es su pasion muy leal;
pero yo soy muy formal
y el tiempo no pasa en vano.
Seis años de relaciones
que sabe la córte toda,
siempre esperando una boda
y siempre con dilaciones.
Que hoy son porque el pobre espera
un destino que no viene;
mañana, porque no tiene
acabada su carrera.
Ya porque nada tenemos,
ya porque no lo encontramos,
así nos eternizamos
y pienso que envejecemos.
Mis padres van á morir
sin ver mi dicha lograda,
yo estoy harta... Nada, nada;
esto se ha de concluir.
Y cuando tú amante y fiel
sientes por mí tal pasion,
¿qué ha de hacer mi corazon
sino preferirte á él?

GIL. Dispuesta á ser mi consorte,

deja el asunto á mi cargo,
que á tu novio yo me encargo
de expedirle el pasaporte.
Es soñador, es poeta.

ISABEL. Está por mí de remate.

GIL. Pero es un pobre petate
que no tiene una peseta.
Yo en cambio, si soy tu esposo,
te ofrezco, prenda adorada,
una posicion holgada
y un porvenir muy dichoso.
Cariño constante y fiel,
vida buena y renta sana;
lo que llaman en la Habana
güiro, calabaza y miel.
Mañana mismo te pido.

ISABEL. Pero ayúdame á acabar...

GIL. Yo me encargo de plantar
á tu presunto marido.
Voy á ponerme decente
para realizar mi empresa
en casa de la marquesa.

ISABEL. ¿Ahí enfrente?

GIL. Sí, ahí enfrente.
Hoy recibe: en un segundo...

ISABEL. Cuanto daria por ver...

GIL. Cuando seas mi mujer
yo te llevaré al gran mundo.
Tendrás un coche....

ISABAL. (Contentísima.) ¡Ay!

GIL. Dos coches...
Cuanto ansíes.

ISABEL. ¡Ay! de veras?

GIL. Sí.

ISABEL. ¡Gente! (Mirando al foro.)

GIL. Adios.

ISABEL. Que me quieras.

GIL. Buenas noches.

ISABEL. Buenas noches.
(Cerrando la reja.)

ESCENA IV.

GIL.

¡Bravo! el que me hubiera oido
tal vez habría pensado
que yo estoy enamorado
segun lo bien que he mentido.
Y sin embargo no hay tal;
mas la madre de Gabriel
me manda vencerle á él
y yo la sirvo leal.
Y circunstancias fatales
me obligan á este *complot*.
porque entre Liboria y yo
hay lazos muy criminales,
y cuando uno empieza así
no puede volver atrás:
una picardía más,
¿qué puede importarme á mí?
Esta sirena engañosa
merece mi amor traidor;
la que así burla su amor
se merece cualquier cosa,
y yo sirvo en todo fiel
á la mamá del amante;
asunto hecho: lo importante
es desbancar á Gabriel,
y pese al sino contrario
todo marcha viento en popa.
Voy á mudarme de ropa.
(Váse por la izquierda.)

SOL. (Con acento afligido.)
¡Correspondencia! Diario!

ESCENA V.

DOÑA LIBORIA, GARRIEL.

GAB. Déjeme usté á mí, mamá.
LIB. ¿Pero no vas á subir?
GAB Si señora; mas voy ántes

á la fonda de París...
Dentro de media hora justa
ya me tiene usted aquí.

LIB. Vas á ver á esa mujer!

GAB. Madre...

LIB. Á esa niña gentil
que tiene la avilantez
de llamarse Isabel Ruiz!

GAB. Pero madre...

LIB. Tú! Un Machuca!...

GAB. Mamá...

LIB. Y tú quieres subir
al Olimpo? Tú haces versos
que te celebra Madrid
y urdes planes de tragedias
que ya el sonante clarin...

GAB. Mamá...

LIB. Seis años mortales
de amor por esa... infeliz,
te han robado tiempo y sueño
y presente y porvenir.

GAB. Pero si...

LIB. Acuérdate bien
de que te lo digo aquí,
hoy catorce de Febrero,
dia de San Valentin,
porque puedas algun dia
decir lo que te advertí:
tú queriéndome de veras
estás buscando mi fin.

GAB. Madre mia, usted me cree
capaz...

LIB. Sí, hijo mio, sí.
Tus amores me sublevan!

GAB. Mas...

LIB. No me dejan dormir.
Y deseo que te cases
con Felisita.

GAB. Yo?...

LIB. Sí;
es sobrina de mi amigo
el duque de San Martin,

y la tiene como á hija
y ha de heredarle al morir,
y no es fea... y sobre todo
se ha enamorado de tí.

GAB. La detesto!

LIB. Eso es faltarme!

GAB. Me es antipática.

LIB. En fin...

GAB. En fin, la noche está fria
y no está bien discutir
en la calle.

LIB. Arriba espero.
Te exijo que ántes de abril
te cases con Felisita,
que ha de hacerte muy feliz.

GAB. Si adoro á Isabel!

LIB. Farsante
como la tal no la ví.

GAB. Mamá.

LIB. Pensó que eras rico;
ya sabrá que no, y al fin
te plantará.

GAB. No lo espero.

LIB. Por último, ven aquí,
Gabriel; tú con tus comedias,
tus versos y tu escribir,
no piensas en que la vida
que llevamos en Madrid...

GAB. Oh, madre, trabajaré.

LIB. Toma; cambia por ahí
ese dinero.
(Dándole unos billetes de banco.)
Cien duros!

GAB. Qué me quiere usted decir?

LIB. Todo nuestro capital!

GAB. Cómo!

LIB. Ni un maravedí
nos queda de la modesta
fortuna del pobre Luis,
mi difunto.

GAB. (Si supiera
mis deudas...)

LIB. Y hay que vivir
y ocultar ante las gentes
la pobreza y sonreir...
En fin, Gabriel, soy tu madre
y no te quiero afligir,
pero estamos...
GAB. ¿Qué?
LIB. Perdidos.
Me voy á jugar al wisth!
(Ay! Dios quiera que á estas horas
le haya desbancado Gil. (Váse.)

ESCENA VI.

GABRIEL.

Parece que hoy desperté
con alguna maldicion.
¿Quién le manda al corazon?
¡Olvidarla! No sabré!
Si la amo con frenesí,
si en seis años de esperar
he llegado á sospechar
que por ella los viví!
Ya es hora de que me aguarde.
(Tocando á la reja y en voz baja.)
¡Isabel! Cómo no está?
¡Habrá salido quizá?
¡Isabel! ¿Será ya tarde?
Acaso hoy le toca el turno:
anoche no hubo funcion...
cuán grato es á mi pasion
este coloquio nocturno!
Hoy no le debe tocar,
me devora la impaciencia.
¡Isabel!
SOL.. ¡*Correspondencia*!
GAB. Ah! lo voy á averiguar.
(Yendo á comprar á Soledad *La Correspondencia*.)
Dame.

SOL. Tome usted, señor.
Quiusté *El Diario*?
GAB. No.
(Va á leer á la luz del farol.)
Cabal!
SOL. Ande usté!
GAB. *Teatro Real.* (Leyendo.)
turno impar. El Trovador.
No les toca. Qué ha pasado?
SOL. Tome usted las que me quedan.
GAB. No! no sé qué causas puedan
retraerla de mi lado.
SOL. Ande usted.
GAB. Algo le pasa.
SOL. Que si no las vendo todas...
GAB. ¿Pero no ves que incomodas?
SOL. Me van á pegar en casa!
GAB. Abre! (Tocando la reja.)
SOL. Ay Vírgen del Rosario!
no me va á querer abrir!
Ande usté!
GAB. (En voz baja pero irritado.)
Te quieres ir?
SOL. *Correspondencia*! *Diario*!
(Yéndose y llorando.)

ESCENA VII

GABRIEL, ISABEL á la reja.

GAB. Ah! por fin!...
ISABEL. (Dios me dé tino!)
Aquí estoy.
GAB. Gracias á Dios!
ISABEL. Y hago de más.
GAB. Isabel!
ISABEL. Que esto es perder mi opinion.
GAB. Cómo no se te ha ocurrido
en tanto tiempo de amor,
cuando inviernos y veranos
han sido de doce á dos

estos adorados hierros
testigos de nuestro amor?

ISABEL. Ya te lo dije ayer noche.

GAB. Enojada estabas.

ISABEL. No;
que anteayer y hace ya dias
te lo advertí con temor.

GAB. ¿Por qué, mi bien, te complaces
en herir mi corazon?

ISABEL. Porque mis padres me agobian;
ya es grave mi situacion:
la vecindad me censura...
tú no tienes la menor
prisa segun yo presiento
de realizar nuestra union,
Gabriel... (Llorar me conviene.)
¡Tú no me quieres! (Llorando.)

GAB. ¿Que no?
Si eres mi vida, Isabel,
si vivo por tu pasion
que será eterna aun á riesgo
de traspasar de dolor
á mi madre.

ISABEL. ¡Qué! Se opone?

GAB. Sí, sábelo ya.

ISABEL. (¡Mejor!)
¿Y nunca me lo has contado?
y piensas que quiera yo
á disgusto de tu madre
llevar tú nombre?

GAB. ¡Oh!

ISABEL. ¡Por Dios!
Soy yo muy altiva, sabes?

GAB. Pero...

ISABEL. Renuncia á mi amor.

GAB. ¡Isabel, me estás matando!

ISABEL. Y pues me das ocasion,
sábelo ya tú tambien:
yo no sé fingir.

GAB. Mas...

ISABEL No.
Si continuara engañándote

sería mucho peor.
Álguien, solícito, amante,
deseoso de mi amor...

GAB. ¿Qué es lo que escucho?

ISABEL. Me ofrece
su mano, su posicion.
Yo, ya ves... mis pobres padres
son viejos; su afan mayor
es verme feliz; me mandan
casarme...

GAB. ¡Oh, infame traicion!

ISABEL. Tú que quieres á tu madre...
En fin, Gabriel, sabe Dios
que siento el hondo disgusto
que te causo, pero yo...

GAB. ¡Esto es una infamia!

ISABEL. Aquí
he traido á prevencion
tus cartas...

GAB. ¡Ya!

ISABEL. Yo te pido
que no me guardes rencor.

GAB. Isabel...

ISABEL. Adios.

GAB. ¡Escucha!

ISABEL. ¡Gabriel, para siempre adios!
(Cierra de golpe la ventana y desaparece.)

ESCENA VIII.

GABRIEL, luégo D. SIMON.

GAB. ¡Ay desdichado de mí!
Cabe tan negra traicion,
tanta infamia! Y he perdido
seis años en lo mejor
de mi vida en adorarla
olvidado del amor
de mi madre, de mis santos
deberes del corazon.
(D. Simon, al cruzar por el foro, repara en Gabriel y se detiene como enterándose.)

SIMON. Este es don Gabriel...
GAB. Y la amo!
SIMON. ¡Vaya si es él! (Bajando al proscenio.)
GAB. ¡Ay!
SIMON. Me alegro
de hallarle á usted! (Tocándole en el hombro.)
GAB. (Don Simon!)
SIMON. Hoy habrá usted recibido
una carta...
GAB. ¿Qué me importa?
SIMON. ¡No que no!
GAB. ¡Infame!
SIMON. ¿Cómo? Amiguito,
nada de declamacion.
Es muy cómodo tomar
dinero...
GAB. Al setenta y dos
por ciento.
SIMON. Haberlo dejado.
(Encogiéndose de hombros.)
GAB. ¡Bueno!
SIMON. No hay apelacion:
ó mañana á las diez cobro
ó voy y embargo!
GAB. ¿Qué? Oh! no! (Aterrado.)
SIMON. Y lo sabrá su mamá
de usted!
GAB. (Oh cielos!) Por Dios,
estoy en este momento
presa de tal emocion...
SIMON. Yo no entiendo de emociones!
Usted bien listo tomó
los cuartos...
GAB. (Por ir tras ella
á Bagneres de Luchon!)
SIMON. Y se dió usté el gran verano.
GAB. Téngame usted compasion!
SIMON. Nada, nada!
GAB. Por mi madre!...
SIMON. Va el escribano á las dos.
GAB. Pero...
SIMON. Me voy á dormir;

que hace una noche feroz,
y es tarde y mañana tengo
que estar en misa mayor.

ESCENA IX.

GABRIEL, GIL.

GAB. Darle á mi madre un pesar,
un escándalo! Dios mio!
por un usurero impío!
Yo me siento desmayar!
Sufre y á nadie lo digas;
vé al baile, fiel cortesano!
Ay mundo, mundo tirano,
á qué tormentos obligas!

GIL. Vamos á tomar el thé
y á desahuciar al rival.

GAB. Gil!

GIL. Gabriel! Cuerpo de tal!
(Parece que lo evoqué!)

GAB. Gil, tú eres sincero, amable,
y yo sufro...

GIL. ¿Qué te aqueja?

GAB. Nuestra amistad ya es añeja...

GIL. Y por mi parte invariable.

GAB. Mientras ausente has estado
feliz y pobre he vivido.
pero hoy... hoy me ha sucedido
un lance desesperado.

GIB. (Me va á contar... Ah inocente!)
Pero no subes?...
(Señalando á casa de la marquesa.)

GAB. No puedo.
Óyeme aquí: tengo miedo
de que se entere la gente.
Tal vez la chismografía
te habrá dicho en los salones
mis amantes relaciones. .

GIL. (Bravo!) No, no las sabía.

GAB. Amo á una mujer, ¡ay Gil!
hasta ayer amante y fiel.

GIL. Cómo se llama?
GAB. Isabel.
Bella, discreta, gentil.
GIL. ¿Vive por aquí?
GAB. Allí enfrente.
GIL. (Fingiré asombrarme mucho.)
¿En esa casa? Qué escucho?
GAB. Déjame que te lo cuente.
La amaba, Dios me es testigo,
con todo mi corazon,
y burlando mi pasion
la infiel se casa...
GIL. Conmigo.
GAB. Qué!!
GIL. (Los malos tragos pronto!)
GAB. Á ser verdad te matára!
GIL. Gabriel, mírame á la cara.
GAB. Qué?
GIL. Gabriel, eres un tonto.
Amigos somos los dos;
tiempo há que lejos partí,
te quedaste y yo me fuí
por esos mundos de Dios.
Nuestros respectivos ocios
tomaron rumbos diversos,
tú hiciste muy buenos versos
y yo muy buenos negocios.
Y pese á las ilusiones
de visionarios poetas,
los negocios dan pesetas
y los versos desazones.
¿Cómo pudiste pensar
que tu novia, al fin mujer,
te debía de querer
solo por gusto de amar?
GAB. Pero...
GIL. Una mujer honrada
que ha de ser tu compañera
te ama honesta de soltera
para ser mujer casada.
Y aunque te pongas adusto
y sientas muerte en el alma,

no se va á morir con palma
sólo para darte gusto.
Tú, y tu poesía vana
no podeis luchar conmigo:
tú la amas; más yo lo digo:
me caso.—¿Cuándo?—mañana.
Y ansiando dichas futuras
te olvida, y está bien hecho,
que tú no tienes derecho
á envejecer hermosuras.

GAB. Lo tendré á matarte!

GIL. Espera.

GAB. Vil!

GIL. No digas disparates.

GAB. ¡Oh! sí!

GIL. ¿Dí, con que me mates,
conseguirás que te quiera?

GAB. ¡Me habré vengado!

GIL. ¡Hola, hola!

GAB. Ó tú ó yo hemos de morir.

GIL. ¿Á qué te quieres batir,
á florete ó á pistola?

GAB. Me es igual.

GIL. ¿Tiras mejor?

GAB. ¡Oh!

GIL. Mira bien...

GAB. ¡Nada miro!

GIL. Porque yo le pego un tiro...

GAB. ¡Bueno!

GIL. Á la osa mayor.

GAB. ¡Necio!

GIL. Yo no soy valiente;
mas con dinero y paciencia
he adquirido la ciencia
de matar perfectamente.

GAB ¡Gil!

GIL. Y despues del bromazo
para terminar la obra,
tú tendrás razon de sobra
y yo te daré un sablazo.

GAB. Bríos dará al corazon
mi razon.

GIL. Dí, majadero...
GAB. ¡Gil!
GIL. ¿Si no tienes dinero
cómo has de tener razon?
GAB. ¿Y tú, de dónde has sacado
tanto oro, riqueza tanta?
GIL. ¿Por lo rápida te espanta?
he jugado y he ganado,
y el mundo al oro servil
me tolera.
GAB. ¡Yo sucumbo!
GIL. Créeme, toma otro rumbo,
olvida ese amor pueril.
Deja pasiones pretéritas
y no seas insensato.
¿Soy tu amigo? *Amicus Plato*
sed magis amica véritas.
No seas como tu padre,
que de honrado se murió.
Sé práctico.
GAB. ¿Cómo?
GIL. Y no
des disgustos á tu madre.
Opon desden al desden,
y hazte, en fin, hombre corrido,
y mandar! (¡Esto ha salido
admirablemente bien!) (Váse.)

ESCENA X.

GABRIEL.

Sí, si yo rico me viera...
si este dinero jugara...
si la suerte me ayudara
y una fortuna tuviera...
Podría vencerle á él;
deslumbrarla... confundirla...
calmar á madre; pedirla...
¿Pues ya qué aguardas, Gabriel?
Desesperado mi amor...
mi madre pobre y airada...

mis créditos... Nada, nada,
el recurso es salvador.
Medrar, subir, merecer...
¿no ablanda el oro los bronces?
Pero... ¿y si lo pierdo? entónces
ya sé lo que debo hacer! (Váse.)

ESCENA XI.

EL DUQUE y FELISA.

DUQUE. Qué bien corres, sobrinita!
Vaya un paso... jé! jé! jé!
¡Diablo de chica! Si hay tiempo,
y este pícaro marqués
que vive donde no pueden
entrar los coches... jé! jé!
¡Pues no tienes poca prisa!
FEL. ¡Ya ascucho la contredansa!
DUQUE. ¡Jé! jé! El rigodon, mujer.
FEL. Vamos, tio, que usted piensa
que no ma voy á saber
portar bien en sosiedat!
DUQUE. ¡Jé! jé! No!
FEL. ¡Bah!
DUQUE. No, mujer.
Si es que al acentillo tuyo
me hace gracia.
FEL. Ya lo sé.
DUQUE. ¿Cómo dices «buenas noches?»
FEL. Vamos, tio!
DUQUE. Anda, mujer!
FEL. ¡Bah!
DUQUE. ¡Vamos!...
FEL. Bona nit tinga.
DUQUE. ¡Jé! jé!
FEL. Pero...
DUQUE. ¡Jé! jé! jé!
FEL. ¡Tio!
DUQUE. ¿Cómo te despides?
FEL. Por Dios...
DUQUE. Dilo.

FEL. Pásiu bé.
DUQUE. ¡Jé! jé! ¡Qué cosa más rara!
FEL. Pues más raro es el fransés.
DUQUE. Aguántame, Felisita,
yo te he querido traer
á mi lado porque estoy
sólo en el mundo.
FEL. Hase bien.
DUQUE. No logré un hijo de la
duquesita mi mujer,
y dije yo: aquella chica
de aquel pariente José
que estará allí muy tronada...
FEL. Teníamos que comer
y tiene puesto eu la Rambla
un almasen de papel,
y de las imprentas, y esas
cartas de papel inglés
y alaluyas.
DUQUE. ¿Alaluyas? (Riendo mucho.)
FEL. Lo que sea!
DUQUE. ¡Jé, jé, jé!
FEL. ¿Pero no vamos al baile?
DUQUE. ¿Oyes?
FEL. ¿Estará allí él?
DUQUE. (Él es Gil.) Ya, ya sé yo
que andas en amores.
FEL. ¡Pues!
DUQUE. Mas ¿por qué no me lo has dicho?
FEL. Cortedat.
DUQUE. No es corto él.
FEL. ¿Él?
DUQUE. Me ha dicho que te quiere.
FEL. ¡Ah! ¿qué le conose ustet?
DUQUE. (Y es guapo mozo el tal Gil.)
FEL. (¡Ay, que conose á Gabriel!)
DUQUE. Parece trabajador.
FEL. Y escribe versos mol bien.
El otro dia en su casa,
su mamá, que es muy cortés,
me sacó á dar un paseo,
y yo cuando me bajé,

desde el pie de la escalera
ví un hombre arriba y pensé
que era el criado, y antónses
por pedirle no se qué,
me pongo y le digo ¡baca!
y va él y me dise ¡buey!

DUQUE. ¡Jé, jé, jé!

FEL. ¡Es muy grasioso!
Pero anem, tuito, anem!

DUQUE. ¡La casaré con el Gil!)

FEL. (Ma caso con el Gabriel.) (Vánse.)

ESCENA XII.

SOLEDAD.

Dios mio... con este frio...
¡Se ha visto mujer más mala!
¿Pus no ma cerrao la puerta
y ma echao de su casa?
Sin tener donde dormir
con una noche tan mala...
(Se oye el rigodon en la casa de la dereaha.)
¿Y mañana? Soledad,
¿dónde vas á dir mañana?
Bueno va. ¡Miusté qué mundo!
¡cómo se divierten! Anda,
que bien abrigaos están.
¡Unos tanto y otros nada!
¡Ay de mí! ¡Aquí en el portal
haré de las piedras cama!
Vírgen de la Soledad,
el que se muere descansa.
(Se sienta en el hueco de una puerta.)

ESCENA XIII.

DOÑA LIBORIA y GIL.

LIB. Siento incomodarle á usted.

GIL. ¡Liboria, por Dios!

LIB. ¡Qué calma!
¡Dejar á su madre sola!
GIL. No es tan tarde.
LIB. Estará en casa.
Vamos, ¿qué ha hecho usted?
GIL. Pues... todo.
Su novia está declarada
por mí.
LIB. ¿De veras?
GIL. De veras.
La he deslumbrado; mañana
á más tardar, le dará
las más tristes calabazas
que puede comer un hombre
tras seis años de esperanzas.
LIB. Gilito, es usté un grande hombre.
GIL. Estos servicios... se pagan!
LIB. Bueno, bueno.
GIL. Necesito
mi carta.
LIB. Hay tiempo.
GIL. Mi carta,
Liboria, son muchos años
de lazos que ya desata
nuestra mútua conveniencia,
nuestra posicion ganada,
y cuando ya se ha vencido
la suerte...
LIB. Vaya usté á casa
y hablaremos.
GIL. Necesito
no tener siempre esa espada
de Damocles...
LIB. Bueno.
GIL. (¡Ah, perra!)
LIB. Ahora vamos sin tardanza
á traer á Gabriel por fuerza
al baile.
GIL. Pero...
LIB. Le aguarda
Felisita, la sobrina
del Duque.

GIL. ¿La catalana?
LIB. Le voy á casar con ella.
GIL. ¿Cómo?
LIB. Ella está enamorada
de mi Gabriel y...
GIL. Señora!...
LIB. Y en tronando con la sandia
de la otra...
GIL. ¿Pero usted
sabe que tengo arreglada
mi boda con esa niña?
LIB. Con Felisa?
GIL. Y que palabra
formal tengo de su tio. ..
LIB. ¡Usted!
GIL. Yo.
LIB. ¡Nunca!
GIL. ¡Oh! ya basta
de que usted sea el constante
obstáculo de mis ansias.
Usted siempre se interpone
en mi camino, usted trata
de que yo...
LIB. Poquito á poco,
Gilito, y vamos con calma.
GIL. Pero, señora...
LIB. Chiton.
Ya trataremos mañana
de todo eso, que en la calle
lleva el viento las palabras.
GIL. ¡Doy un escándalo!
LIB. ¡Cá!
GIL. ¡Le doy!
LIB. Usté sigue y calla.
Déjeme usted en el coche.
¡Jesus qué calles, qué charcas!
GIL. Pero...
LIB. ¡Qué noche, Gilito!
¡y qué muchachos, qué raza!
Siete duros me han ganado
al *wisth*.
GIL. ¿Eh?

LIB. Y no los llevaba,
créamelo usted; estoy
nerviosa, desesperada!
Ya está ahí el coche, hasta luégo,
pronto vengo, muchas gracias. (Váse.)

ESCENA XIV.

GIL.

¡Maldita seas, amen!
¡quitarme la catalana
cuando puedo emparentar
con un duque... nada, nada,
los momentos son preciosos,
audacia, audacia y audacia!
(Vuelve á la casa de la derecha.)

ESCENA XV.

GABRIEL, SOLEDAD.

SOL. ¡Ay, madre mia!
GAB. ¡Perdido...
perdido todo! La calma,
el cariño de mi madre,
el amor que me animaba,
el crédito, la amistad,
el consuelo, la esperanza...
Morir es fuerza!
SOL. Qué dice?
GAB. ¡Oh! sí! (Sacando un rewolver.)
SOL. ¿Eh?
GAB. Madre del alma...
Isabel, amores, glorias...
adios!
(Va á matarse. Soledad da un grito, se abalanza á él y le coge por la mano en que tiene el rewolver.)
SOL. ¡Ah!!
GAB. ¿Quién!

SOL. ¡Vírgen santa!
¿Qué va usté á hacer?
GAB. ¡Suelta!
SOL. Vamos.
Por la Vírgen soberana!
si tiene usted devocion,
mire usté al cielo, caramba!
Pues qué, ¿no hay más que materse
un hombre... y con esa cara?
GAB. El cielo...
SOL. ¡Por Dios!
GAB. ¿Quién eres?
SOL. ¿Yo? No lo sé. Una mujer
que se mató con nacer.
GAB. Yo... aborrezco á las mujeres!
¡Déjame!
SOL. ¡Esagraecío!
GAB. ¿Pues qué nos liga á los dos?
SOL. ¡Nada!
GAB. Perdona, por Dios.
SOL. Pues yo á usted ¿qué le he pedío?
GAB. No, te digo mi rudeza...
SOL. ¡Bah! Cumplimientos dejemos.
Si las pobres no tenemos
miaja de delicadeza!
GAB. (Hay en su rostro bondad.....)
SOL. ¿Qué?
GAB. (Y aún belleza explendente.)
Cuantos años tienes?
SOL. Veinte.
GAB. ¡Y tu nombre!...
SOL. Soledad.
GAB. ¿Cómo á mí te has acercado?
SOL. Porque se iba usté á matar;
¿y cómo lo iba á dejar?
GAB. ¡Es que soy tan desgraciado!
SOL. Usté qué sabe, señor,
¿qué son desgracias?
GAB. ¡Oh, sí!
Si yo te contara...
SOL. ¿Á mí?
GAB. ¡Si supieras mi dolor!

Los que padecen son buenos
para oir penas ajenas;
y el que confía en sus penas
parece que sufre ménos.
Oye: estaba enamorado
y me da muerte el olvido.

SOL. Dichoso usté, que ha tenido
álguien que le haya estimado!

GAB. ¿Pero hay más fuerte dolor
que haber amado y perder?...

SOL. Sí señor.

GAB. Cuál?

SOL. No tener
ni casa ni hogar ni amor!

GAB. Un amigo en quien creí
fué quien mi amor me robó.

SOL. Y qué es un amigo?

GAB. Oh!

SOL. Eso es nuevo para mí.

GAB. Mi madre pretende hacer
mi desgracia, porque trata...

SOL. ¿Tiene usté madre y se mata?
¡Qué malo debe usté ser!

GAB. Si contra mi paz se altera,
si no me quiere, á juzgar...

SOL. Yo la quisiera adorar
aunque ella no me quisiera.

GAB. Juzgas que lo que te digo
no es horrible y espantoso?

SOL. ¿Usté quiere ser dichoso?
Compárese usted conmigo.
Nací... yo no sé de quién;
á la calle me tiraron
y en un portal me dejaron
pa que me muriese bien.
Una pobre, una cualquiera
me crió, probando así
que la sangre que hay en mí
fué mi limosna primera.
Nadie me enseñó á rezar,
sólo aprendí esas canciones
que ablandan los corazones,

y son cantar y llorar.
Así en las calles crecía
y de todos era esclava;
el uno me abandonaba
y el otro me recogía.
Por lo sola que una está
y la *soledá* que canto,
á falta de mejor santo
me pusieron *Soledá.*
Al modo que yo me sé
los hombres man pretendío...
sin fruto, que yo he nacío
honrada... no sé por qué!
Así pasa que te pasa,
periódicos fuí á vender
por cuenta de una mujer
que me da un rincon de casa
y esos papeles me entrega,
y como lo que le sobra;
si los vendo ella los cobra,
si no los vendo me pega.
Ni yo pido ni me dan
y he de ser sufrida y muda:
voy con el frio desnuda,
hambrienta me falta el pan,
y sólo á fuerza de fe
arrastro mi vida así,
porque... en un portal nací
y en un portal moriré!

GAB. Harás que mis agonías
olvide por las ajenas!

SOL. Ya ve usted, pues, que sus penas
no valen lo que las mias.

GAB. Quisiera poderte dar...
mas yo... no tengo dinero!

SOL. ¿Dinero? ¿Y pa qué lo quiero?

GAB. ¿Qué dices?

SOL. ¿Para rabiar?
La voz que yo siento aquí
(Señalando al corazon.)
no me pide á mí tener,
lo que me pide es querer!

¿Pero quién me quiere á mí?

GAB. Pues mi mente no concibe
cómo te vas sosteniendo,
que el que vive padeciendo
yo no sé para qué vive!

(Pausa. Soledad coge por la mano á Gabriel y le dice:)

SOL. Muchas veces, muchas son,
despues de pasar el dia
sufriendo en lenta agonía,
me acuesto yo en mi rincon,
y allí rezando á mi modo
vuelvo los ojos al cielo...
y entónces siento un consuelo
que ya se me olvida todo!

GAB. ¡Ah! ¿Sí?

SOL. ¡Me siento tan bien!...

GAB. (¡Corazon mio, pensemos!)

SOL. ¡Si los pobres no tenemos
en la vida otro sosten!

GAB. ¡Ah! ¡Si te oyera mi novia!...

SOL. Pues si yo no *fuá* creyente
me había echao por el puente
de la calle de Segovia!
Por eso al ver su alma herida,
tan guapo, con esa facha
tan principal y...

GAB. ¡Muchacha!...

SOL. ¡Y en lo mejor de su vida,
no entiendo ni se me alcanza
cómo así se achica usté.

GAB. Pero...

SOL. El que no tiene fe
no pué tener esperanza!
¿Qué pasa? ¡Que una señora
sin alma y sin corazon
le ha hecho á usted una traicion?
Pues por eso no se llora!
¿Quién sabe si otra más bella,
más noble y agradecida
le curará á usted la herida
mortal que le ha hecho ella;

y quién sabe si al sentir
la nueva felicidad
pensará usté en Soledad
que no le dejó morir!

GAB. ¡Oh! ¡Sí, yo no he de olvidarte!
Te veré, me ves, me escribes...

SOL. ¿Yo?

GAB. ¡Sí, por Dios! ¿Dónde vives?

SOL. Señor, en ninguna parte!

GAB. ¿Cómo?

SOL. La casa he perdido.
La puerta se me cerró.

GAB. ¿No tienes hogar?

SOL. ¡Ay! ¡no!
¡Soy un pájaro sin nido!

GAB. Quieres... Mi madre lo aprueba,
y si se enoja le pasa...
¿quieres venirte á mi casa?

SOL. Yo, señor, si usté me lleva ..

GAB. Mientras buscas donde estar
y manera de vivir,
de algo nos puedes servir,
te podremos ayudar...
Allí un rincon te daré,
y aunque no estarás holgada...

SOL. Eso no me importa nada.
Estando cerca de usté...

GAB. ¿Bien y qué?

SOL. Que estando allí...

GAB. ¿Qué?

SOL. Que Dios nunca abandona.

GAB. (Es la primera persona
que se interesa por mí.)

SOL. Vamos pues.

GAB. Esclavo soy
de mi madre, que me espera.
Vé pues.

SOL. Bien, como usted quiera.

GAB. Dentro de un instante voy;
poco tardaré.

SOL. Bien.

GAB. Vete,

que yo buscaré la traza...
Es ahí muy cerca, en la plaza
del Ángel, número siete.

SOL. Voy pues.

(Va hasta el foro, donde se detiene mirando á Gabriel.)

GAB. ¿Pero... no vas?

SOL. ¡Sí!
Mas ántes...

(Se acerca con timidez como queriendo darle la mano.)

GAB. ¡Ah! ¡ya! (Le tiende le mano.)

SOL. (Está frio!)
Ay, señor!...

(Se arrodilla y besa la mano.)

GAB. ¡Niña!

(Soledad se levanta y se aleja volviéndose á mirar á Gabriel con ternura.) ¡Dios mio!
¡he sentido el beso aquí!
(Señalando al corazon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGÚNDO.

En casa de Doña Liboria. Salon elegante.

ESCENA PRIMERA.

GIL.

Duermen aún por lo visto;
en Madrid nadie madruga.
Nosotros los hombres prácticos
que salimos en ayunas
á trabajar mientras otros
se levantan á la una...
Y que hace una mañanita
regular... cae una lluvia
que cala!... ¡Gabriel! ¡Señora!
Nada, duermen en profunda
tranquilidad, pues me alegro,
así me evito disculpas.

ESCENA II.

GIL, DOÑA LIBORIA.

LIB. Buenos dias.
GIL. Oh, señora,
tenga usted muy buenos dias.
He recibido su carta;

fuí puntual y ya me iba.
¿Y Gabriel?

LIB. Ese está loco.

GIL. La edad...

LIB. Estoy convencida.
¿Qué dirá que hizo la noche
aquella, hace quince dias,
mientras yo estaba esperándole
allá? Á que no lo adivina?

GIL. ¡Qué sé yo!

LIB. Pues vengo á casa
á buscarle. Llego arriba
y encuentro á mi señor hijo
en conversacion tendida
con una desarrapada
que recogió en una esquina.

GIL. ¿Qué me cuenta usted, señora?

LIB. ¿No es esto locura fija?

GIL. Pero á que fin...

LIB. Que le dió
lástima verla transida
de frio, y como si en casa
tuviéramos una mina,
dijo: «á mi madre con ella.»
Figúrese usté una chica
desastrada, sucia, imbécil.

GIL. Pensará hacerla una ninfa.

LIB. Ahí le puse un vestidillo
de aquella doncella Luisa
que tuve y se me murió,
y ya está más curiosita.

GIL. Gabriel... tronó con la novia?

LIB. Lleva en estos quince dias
una vida muy casera.
Pero hay tal melancolía
en su rostro... ayer pasó
una noche agitadísima...
soñaba á voces.

GIL. Por eso.

LIB. Yo duermo cerca y le oía,
¡Isabel!

GIL. ¡Ya!

LIB. ¡Soledad!
GIL. ¿Soledad?
LIB. Vaya, muchísimas
veces le oí: ¡Soledad!

ESCENA III.

DOÑA LIBORIA, GIL, SOLEDAD.

SOL. ¡Señora!
LIB. ¿Quién?
GIL. ¡Ah!
LIB. La niña...
Ahí la tiene usted.
GIL. ¿Es esta?
SOL. ¿Llamaba usted?
LIB. (Á GIL.) Esta misma.
No te he llamado. (Á Soledad.)
GIL. Pues...
LIB. Vete.
GIL. Pues mire usted, es bonita.
LIB. Verdaderamente que
ya peinada y bien vestida...
Pero yo, ¿por qué razon
la he de tener de pupila?
GIL. Hablemos ya del asunto
objeto de mi venida.
LIB. (Despues de mirar á todos lados dice de repente:)
Gilito, yo estoy tronada.
GIL. Lo sé.
LIB. Bueno. Hago una vida
imposible.
GIL. Lo sé.
LIB. Bueno.
Mi hijo es todo poesía,
pero no he logrado hacerle
hombre práctico y mis cuitas
no las ha de salvar él,
que es lo que yo merecía,
porque á mi edad ya es razon
descansar.

GIL. Sí.
LIB. Mi idea fija
es dejarle en este mundo
arreglado, y yo quería
matar de un tiro dos pájaros
con una boda magnífica.
GIL. Con la sobrina del Duque...
LIB. Sí señor, con la sobrina.
GIL. Pero yo quiero impedirlo
y á tratar de esto venía.
LIB. Yo le debo al señor Duque
lo que no tendré en mi vida.
GIL. ¡Ah!
LIB. Verá usté, es una historia,
un lio, una tropelía.
Veinte años hará mañana
que su apoderado Viñas,
un bribon de siete suelas
que se escapó á Filipinas
y allí se mató despues
de hacer diez mil picardías,
me prestó á nombre del duque
anterior sumas crecidas,
que el nuevo administrador
y hasta cuatro que en mis dias
vienen llevando el gobierno
de aquella casa potísima,
me han reclamado mil veces
logrando sólo evasivas.
Mas las cosas han llegado
á un punto por mi desdicha,
que de intereses y costas
debo una suma infinita,
y no hallo más solucion
que ingresar en la familia.
GIL. Pero como yo, ignorante
de estas maternas intrigas,
he puesto tambien los ojos
en la hechicera Felisa,
usted que hace muchos años
es mi *inseparable* amiga,
no querrá que nuestro pacto

se rompa por fruslerías.
¡Oh! como yo me resuelva
á escandalizar...

LIB. Sería
donoso...

GIL. Yo estoy atado,
pero puedo...

LIB. Si el que grita
tiene más razon...

GIL. Hablemos,
pues, bajito, pero amiga,
yo he de ser sólo el sobrino
del Duque, ó arde la villa!

LIB. Transijamos.

GIL. Transijamos.

LIB. Yo, madre al fin, no quería
obligar á mi Gabriel
á una boda intempestiva,
que aunque me conviene mucho,
más me conviene su dicha.
Ya que usted me habla tan franco,
sálveme usted sin la pícara
necesidad de la boda
y siga el enredo.

GIL. Siga.

LIB. Propóngale usted al Duque
comprarle el crédito.

GIL. Ah!...

LIB. Fijan
una cantidad pequeña
probándole, y no es mentira,
que yo como nada tengo,
no he de pagarle en mi vida.
Se ofrece al apoderado
su comision respectiva,
y cesa el pleito al instante,
y yo me quedo tranquila.

GIL. (Tendiéndole la mano.)
Choque usted: así la quiero,
pero si logro en seguida
este arreglo, usted me da
la carta aquella maldita

en que aquella noche magna,
con mi buena fe sencilla
le avisé á usted lo que hice
con...

LIB. Bueno, bueno, en seguida.
Usted pague y sea esposo
de la otra, y su marcha siga,
que yo lo que necesito
es vivir de hoy más tranquila.

GIL. Voy, pues, á poner los medios.

LIB. Vuelva usté.

GIL. Esta tarde misma.

LIB. Adios, *entrañable* amigo.

GIL. Adios, *obligada* amiga. (Váse Gil.)

ESCENA IV.

DOÑA LIBORIA.

Como tú arregles las cosas
lo demas es cuenta mia;
ni desisto del casorio
ni tú cobras en tu vida.

ESCENA V.

DOÑA LIBORIA, SOLEDAD.

LIB. ¡Soledad! ¡Vamos á ver
qué hacemos con esta niña!

SOL. ¿Llamaba usted?

LIB. Dí al criado
que venga.

SOL. Sí... á eso venía.
Se han ido.

LIB. Quiénes?

SOL. Pues... ellos.

LIB. ¿Qué?

SOL. Mientras ustés dormían,
se juntaron ahí los tres,
y me dijeron, «chiquilla,»
dile á la señora luégo
que se busque quien la sirva;

que para morirnos de hambre
y no cobrar en la vida,
mejor estamos sin ella!

LIB. ¡Jesús! y qué picardía!
Una casa como esta
donde se gasta y se tira...

SOL. ¡Anda? pues ellos ahí
no decían...

LIB. ¿Qué decían?...

SOL. Que no le paga usté á nadie
y es usted muy presumida,
que va usté á casar á su hijo
con la señorita Elisa,
para que con su dinero
les saque á ustés de fatigas...

LIB. Vete de aquí, deslenguada!

SOL. ¡Yo, señora!

LIB. ¡Vete, pícara!
¡Qué criados! ¡Pero es claro!
en donde se vive al dia,
qué ha de resultar? Gabriel
no piensa más que en su ninfa,
y yo entre tanto estoy siendo
el escarnio de la villa.
Yo, que en mis tarjetas tengo
un escudo con tres lilas,
un pendon y una caldera
y un oso patas arriba!
Yo que por parte de padre
desciendo de los Padillas
de Matapozuelos! Vamos,
esto no hay quien lo resista!
Vé á la agencia de criados,
dí que manden en seguida
un lacayo, una doncella
y dos pinches de cocina.

SOL. ¿Traigo tambien de comer?

LIB. Eso corre ménos prisa.
Ya se hará. ¡Y Gabriel durmiendo!
Si no recaudó ayer... Mira,
¡qué sabes hacer?

SOL. Pues yo...

LIB. ¿Guisas?
SOL. Pues...
LIB. Yo muchos dias
no como en casa, mis muchas
relaciones me convidan,
la marquesa mi cuñada,
la baronesa mi prima...
Tengo siete cocineros.
SOL. ¿Siete?
LIB. ¡Pues! de esas familias,
por eso como con ellas
que si no no comería.
SOL. Eso me pasaba á mí
desde que era chiquitina,
que entre todos los vecinos
del barrio me mantenían.
LIB. Bien dicen que los extremos
se tocan en esta vida.
SOL. Bueno, pues yo haré milagros
porque usted nunca me riña;
trabajaré dia y noche,
la serviré noche y dia
y á su hijo de usted, que está
tan desesperado...
LIB. Niña,
¿tú que sabes?
SOL. Sí lo sé.
LIB. ¿Pero tú le conocías?
SOL. No tal, pero aquella noche
le libré...
LIB. ¿De qué?
SOL. Ay, maldita ..
LIB. ¿De qué?
SOL. (Ya había olvidado
que no quiere que lo diga.)
LIB. ¡Habla! ¿De qué le libraste?
SOL. De una cosa muy gravísima.
LIB. ¿Dónde le viste?
SOL. En la calle...
junto á una reja.
LIB. ¿En la esquina?
Si me lo advirtió en el baile

la generala García!
Su hijo de usté va á robar
de su casa á Isabelita...
De fijo que es algo de eso.
Dime la verdad, ¿qué hacía?

SOL. Una cosa muy mal hecha.
Yo le oí por dicha mia;
dí un grito...

LIB. ¿Y se lo estorbaste?

SOL. Sí señora.

LIB. Y en seguida...

SOL. Se afligió.

LIB. ¿Sí? La conciencia.

SOL. Y al verme más afligia
que él, de lástima... me trajo.

LIB. (¡Claro! Porque no lo diga.)
Sea como quiera, tú
evitaste una desdicha.
¡Ay, hija, bendita seas!
(Le da un beso en la frente.)

SOL. ¡Ah!

LIB. ¿Qué te da?

SOL. Una alegría...
Este es el beso primero
que he recibido en mi vida. (Llora.)

LIB. Despierta á Gabriel. Avísale,
que venga á verme en seguida.
Si álguien viene no recibo.

SOL. ¿Y eso qué es?

LIB. Que á las visitas
que vengan digas á todas
que no estoy.

SOL. ¡Ah!

LIB. Y luégo avía
la casa; dí al señorito
que se levante en seguida,
que venga, que se dé prisa,
y á su preciosa sobrina.

SOL. ¿Es esa su novia?

LIB. Sí.

SOL. ¿Y él la quiere mucho?

LIB. ¡Niña!

SOL. ¡Perdone usted!
LIB. ¡Cuidadito! (Váse.)
SOL. ¡Vaya usted con Dios, usía!

ESCENA VI.

SOLEDAD.

¡Un beso! ¡Con qué placer
sentí su aliento rozar
y en mi corazon caer!
¡Qué hermoso debe de ser
sentir, querer... y besar!
¡Ah! (Viendo á Gabriel.)

ESCENA VII.

SOLEDAD, GABRIEL.

GAB. (Despues de una larga pausa.)
¿Qué amor era mi amor
que tras tanto desear
lo mata olvido traidor,
y ni me causa pesar
ni me produce rencor?
Morir de pena creí,
buscaba la muerte, ¡oh, sí!
¿por qué de pronto sané?
á fe que explicar no sé
qué es lo que pasa por mí.
Tras de aquellas agonías
mi alma curándose va
y sueña en mil alegrías.
¿Qué es esto?
SOL. (Acercándose tímidamente.)
Muy buenos dias.
GAB. ¡Soledad! (¡Qué linda está!)
SOL. ¿Se ha dormido?
GAB. Regular.
(¡Es bella!)
SOL. (¡Es todo un buen mozo!)
¿No ha logrado descansar?

GAB. No he dormido... de pesar.
SOL. Yo no he dormido... de gozo.
GAB. Estaba tan fatigado...
SOL. Yo estaba tan impaciente...
GAB. Soñé...
SOL. Tambien he soñado.
GAB. Yo con mi dolor pasado,
SOL.. Yo con mi dicha presente.
GAB. Desde que tú estás aquí...
SOL. Yo de la sorpresa y de...
GAB. No descansé.
SOL. No dormí.
GAB. Estaba pensando en tí.
SOL. Y yo pensando en usté.
GAB. Y luego cierta impresion
me está robando la calma.
SOL. Y yo tengo una opresion...
GAB. Yo tengo un beso en el alma.
SOL. Y yo otro en el corazon.
GAB. ¿Tú?
SOL. Me le han dado en la frente.
GAB. ¡Ah!
SOL. ¿Y á usted?
GAB. ¿Á mí? (Detente,
corazon mio, ten seso.)
SOL. Dígame usted, ¿qué se siente
cuando se recibe un beso?
GAB. Si es de una madre querida
algo que á vivir convida
como voz consoladora.
Si es de un ser á quien se adora...
algo mejor que la vida.
El que yo he sentido aquí...
(Señalando á la mano.)
Me ha resonado...
SOL. ¡Ah! ¿fué ahí?
GAB. No te lo puedo explicar,
que esto se puede apreciar...
sintiéndolo.
SOL. ¿Cómo?
GAB. ¡Así!
(De pronto y dándole un beso en la mano.)

SOL. ¡Ah!
GAB. Perdona, soy un loco.
SOL. Pues mire usted, yo tampoco
sé explicar si es llama ó hielo.
GAB. Dímelo.
SOL. ¡Qué! si por poco
me caigo redonda al suelo!
GAB. ¿De veras?
SOL. ¡Vaya!
GAB. Pues cuida...
SOL. Es que me ha llegado al alma.
GAB. Óyeme.
SOL. ¡Esto no se olvida!
GAB. Ya que te debo la vida
quiero deberte la calma.
Tú, como la luz del cielo
que con fulgores extraños
inunda de luz el suelo,
has roto para mí el velo
que me cegó en muchos años.
Ciego á una mujer amé,
me pareció franca, bella,
leal... pura... me engañé!
Me hablaste y te comparé
en un instante con ella.
Ella por mi fe obligada
me desdeña interesada;
juguete de su alma fuí:
tú que no me debes nada
sentiste piedad por mí;
mi fe que ha días murió
de sus cenizas nació
y esta es rara novedad.
Óyeme bien, Soledad:
¿qué es lo que te inspiro yo?
SOL. ¡Ay! Si no le entiendo á usté!
GAB. ¡Pues te lo diré más claro!
¿Qué es lo que tú sientes?
SOL. ¿Qué.?
GAB. Dímelo ya sin reparo.
SOL. ¡Pues... lo siento. . y no lo sé!
GAB. Dí la verdad: te la imploro.

SOL. Hasta ayer todo era negro
y hoy todo es de color de oro;
le veo á usted y me alegro!
me pongo á pensar y lloro!
Pienso en que me habré de ir
y la tristeza me agobia
y esto me vuelve á afligir;
sé que tiene usté una novia...
y me quisiera morir.
Oigo que está usté apurado
y pobre y desventurado,
y entónces siento intenciones
de echarme á robar millones
por verle á usted descansado.
Y en fin, como es por demas
pensar en que una harapienta
á usted le guste jamás,
con verle á usté estoy contenta.
¡Verle á usted!... No quiero más!

GAB. Gracias, Soledad.
(Como haciendo una resolucion.)

SOL. ¿De qué?

GAB. Déjame solo un instante:
muy pronto te llamaré.
Vete, vete; en adelante...

SOL. ¿Vaya, se ha enfadado usté?
Pero...

GAB. Calma tu aprension.
¿Piensas que oponga el desden
á tu sincera expansion?
(La señala la puerta: ella se va y se queda parada en el umbral.)
¡Yo te llamaré!

SOL. Mas...

GAB. Ven.
(Le da un beso en la mano.)

SOL. ¡Dios mio! ¡Qué dulces son! (Váse.)

ESCENA VIII.

GABRIEL, DOÑA LIBORIA.

Hágase esta escena rápidamente.

GAB. ¡Madre!
LIB. Gracias á Dios, hijo.
GAB. Mamá, me va usted á oir.
LIB. ¿Cobraste ayer mi pension?
GAB. Me la jugué y la perdí.
LIB. Muerta soy!
(Dejándose caer en una silla. Hágase de la manera más cómica posible.)
GAB. Óigame usted.
LIB. Hijo monstruoso, hijo vil!
¡La vida del hijo malo!
juega y pierde!
GAB. Yo...
LIB. ¡Ay de mí!
GAB. Eso es nada comparado
con el instante feliz
que le voy á dar á usted.
Mi amor á Isabel dió fin:
aquí están todas mis cartas,
las suyas están allí:
la aborrezco, la abomino,
no la puedo resistir.
LIB. ¡Ay hijo del alma mia!
¡Tengo delirio por tí!
GAB. Amo á otra.
LIB. (Sí, á Felisa.)
GAB. Debo amarla.
LIB. ¡Sí, hijo, sí!
GAB. Es digna de que la quiera.
LIB. Ya lo creo. (La ama al fin.)
GAB. No es noble...
LIB. Mas lo es su padre.
GAB. No tiene padre.
LIB. Es decir,
su tio.

GAB. No tiene tios.
LIB. El Duque de San Martin.
GAB. ¡No hablo de esa!
LIB. ¿No? Otra historia?
(Suena la campanilla.)
GAB. Es de condicion más ruin,
miserable, pobre, humilde,
plebeya...
LIB. ¡Ay, qué hijo más vil!
¡Yo voy á morir de angustia!
GAB. ¡Mamá, por San Agustin!
LIB. ¡Quita!
GAB. ¡La quiero! (Vuelven á llamar.)
LIB. ¿Quién es?
GAB. La que hospedamos aquí.
LIB. La que...
(Se desmaya de veras sin exageracion ninguna.)
GAB. ¡Madre! Madre mia! (Sosteniéndola.)
Pues ahora es de veras, sí.
¡Soledad!... Y están llamando...
DUQUE. (Dentro.) ¿Pues no me ha de recibir?
Jé! jé! jé!
GAB. ¡Soledad! Madre!
El Duque de San Martin.
LIB. Vete, Gabriel.
GAB. Pero...
LIB. Vete.
Ya hablaremos.
GAB. ¡Ay de mí! (Váse.)

ESCENA IX.

LIBORIA, SOLEDAD.

SOL. Yo digo que usted no está;
y un viejo y una muchacha...
LIB. Que entren!!
SOL. Señora... ¡qué ojos!
LIB. (Si me dan ganas de ahogarla!
Pero, no, que estos asuntos...)
Oye.
(Soledad baja: Doña Liboria la coge de la mano y

la dice con la mayor rapidez lo siguiente:)

Tú no tienes nada,
esta llave es del armario
donde está mi ropa blanca,
mis vestidos, que los guardo
desde cuando era muchacha;
coge el que más te acomode,
si quieres más los apartas;
te doy ademas cien duros
en plazo de una semana,
pero ántes que den las dos
has de salir de mi casa!

SOL. Señora...

LIB. Sales vestida,
rica...

SOL. Yo...

LIB. Ni una palabra.
Que entre el Duque: al punto salgo. (Váse.)

SOL. El Duque... y ella es la que ama...
¡Irme ahora!...
(Llorando y mirando al cuarto de Gabriel.)

ESCENA X.

SOLEDAD, GABRIEL.

GAB. Si te vas...
me arrojo por la ventana.

SOL. ¡Ah! Pues me quedo!

GAB. Tú vístete
á tu gusto y luégo aguarda.

SOL. (Dios mio, ¿estaré soñando
en el portal de la plaza?) (Vánse los dos.)

ESCENA XI.

EL DUQUE, FELISA.

DUQUE. Pues me gusta.

FEL. Sí que es cosa...

DUQUE. No, si digo la chiquilla.
¡Jé! ¡jé!

FEL. Vaya!

DUQUE. Es muy sencilla...
FEL. ¿Qué no están?
DUQUE. Y muy graciosa.
Estas muchachas risueñas
sólo aquí en Madrid se ven.
FEL. Pero...
DUQUE. Á mí que no me den
más que chicas madrileñas.
Esa manera de hablar
y ese chulesco descaro...
FEL. Pero tio...
DUQUE. Lo declaro.
FEL. ¿Qué?
DUQUE. Me gustan á rabiar.
Yo soy chispero.
FEL. Yo no.
DUQUE. ¿Pues qué le vamos á hacer?
tú te has empeñado en ser
más linajuda que yo.
FEL. Pero. . por Dios... el decoro...
DUQUE. Pues yo nunca lo perdí.
Si me hubieras visto á mí
dándole pases á un toro...
FEL. Tio!...
DUQUE. Siendo yo soltero
he sido más popular...
Lo que tengo hecho rabiar
á Montes y al Chiclanero!
¡Lo que yo me he divertido!
He sido y soy muy corriente,
y por eso, francamente,
creo que nada he perdido;
que fuí senador un dia,
y ante aquel grave concurso,
he hecho más de un discurso
en pró de la patria mia
para que el pueblo se eduque,
y soy, en fin, lo que soy;
mas no soy tonto, y no voy
diciendo: yo... soy un duque!
y disfruto mis tesoros
castellano empedernido,

y rindo culto al cocido,
y me muero por los toros,
y defiendo como ves
nuestra patria y nuestro sol,
y soy, en fin, español
de la cabeza á los piés.

FEL. Pues no hallo grasia maldita
en gustar de esas maneras...

DUQUE. Si algunas veces me vieras
embozado en mi capita,
salir de casa muy quedo
como un humilde vecino,
y bajarme *pian pianino*
por la calle de Toledo,
te reirías sin duda
viendo al cruzar de la gente
cuánto tipo diferente
me adivina y me saluda:
y hay allí hembras con tal sello
local, que al verlas me exalto:
de esas con su moño alto
y su pañolito al cuello,
que te sueltan un redios
puestos los brazos en jarras
mientras suena una guitarra
entre un *canto* y una tos;
vamos, que yo olvidaria
lo que soy y tengo y quiero...
por decir: Ole, salero,
viva la manolería!

FEL. De gustos no hay nada escrito,
pero con tanto charlar
ya me canso de esperar.

DUQUE. Sí, que estamos ya un ratito.
Esta viuda *sans façon*
tiene formas tan groseras...
Yo, porque tú no dijeras
que me niego sin razon,
vengo á verla.

FEL. Mas...

DUQUE. Maldita
la gana que tengo yo...

FEL. Su tarjeta nos dejó
y hay que pagar la visita.
DUQUE. Pero es de lo más cargante
su gravedad irrisoria,
y con llamarse Liboria
tiene para mí bastante.
FEL. ¿Por qué?
DUQUE. Porque, pesiamí,
me recuerda nombre tal,
una persona fatal
que años hace conocí.
Vaya, procura enterarte
de si al fin á verla vamos,
ó tarjetazo, y nos vamos
con la música á otra parte.
FEL. ¡Tio! (Llamándole aparte cariñosamente.)
DUQUE. Sobrina.
FEL. Oiga usté.
Usté no sabe... de fijo,
que la viuda tiene un hijo?
DUQUE. ¿Tiene un hijo? Bien, y qué?
FEL. Que yo... ¿Á que ustet no lo piensa?
DUQUE. Pero qué...
FEL. Pues que los dos...
Vamos, tiito, por Dios...
que me da molta vergüensa.
DUQUE. Pero qué...
FEL. Que este es aquel
que yo en el baile buscaba
y del que tanto lablaba.
DUQUE. ¿Este?
FEL. Pus este; Gabriel.
DUQUE. ¿Pues la semana pasada
no era Gil quien te quería?
FEL. Sí.
DUQUE. Pero sobrina mia,
tú estás desatalentada!
Ayer Gil, hoy otro; no,
no señor, nada, imposible!
FEL. ¿Pero si yo soy sansible,
qué culpa me tengo yo?
¡Ay! yo á Gabriel le escuché

los versos en un salon,
y, vamos, que la pasion
que tenía, se ma fué;
y á mí, vamos, mi manía
son los versos.

DUQUE. ¡Uf! ¡qué lio!

FEL. Usté ma conose, tio,
yo soy toda poesía;
y tengo de tiempo atrás
que desirle á una persona
que me ofendió an Barselona:
—pues may casáu y tres más.
¿Y con quién, con quién mejor
que con em Gabriel?

DUQUE. ¿Con em?

FEL. Siente las cosas tambien,
pinta tambien el amor,
que Gil y los otros tantos
que man dicho esos piropos,
son... vamos, son unos topos,
por Dios y todos los santos!
Este es poeta, este es
quien buscan las ansias mias;
vamos, que las poesías
ma revuelven del revés.

DUQUE. Pues no he de acceder á fe
á que te burles de mí.
¿Quién es esta gente, dí?
ni lo sabes ni lo sé;
mas sé que mi apoderado
me dijo en cierta ocasion:
Señor, la viuda de Plon
tiene á vuecencia tramado
algun lío, algun ardid,
que en eso nadie la iguala,
porque es la mujer más mala
que pasea por Madrid!
¡Y para planton ya basta:
si no sabe que se eduque!

FEL. Aspere.

DUQUE. ¡No!

LIB. ¡Oh, señor Duque! (Saliendo.)

DUQUE. (¡Reniego amen de tu casta!)

ESCENA XII.

DUQUE, LIBORIA, FELISA.

LIB. He tardado... harto lo siento...
Cuánto les hice esperar...
pero estaba contestando
al marqués del Retamal
mi primo; siéntense ustedes.
DUQUE. (Cuidadito.)
FEL. (Ello dirá)
LIB. ¡Qué preciosa que está usted!
FEL. Grasias.
LIB. ¡Oh! ¡no cabe más!
¡Y qué elegante! ¡qué gusto
en vestir! ¡qué bien le va
ese color!
FEL. ¡Grasias, grasias!
LIB. Ha venido usté á reinar
en la córte, es usté un astro...
DUQUE. (Justo, un astro catalan.)
LIB. ¿Y qué tal? ¿le gusta á usted
Madrid? ¿Va olvidando ya
Barcelona?
FEL. En Barselona
siempre mancontraba mal;
las aguas masían daño;
dí en padeser de aquí atrás
de la reuma, y estuve
ese invierno muy fatal;
pero ya grasias á Dios
y al amor de los papás
y al tio que me ha traido
á gozar y á disfrutar,
me parese que ese invierno
ya no me repetirán.
Como en tantas relasiones
no me dejan descansar
me divierto, ¿usté comprende?
Tenemos palco al Real

y al Español y al Apolo,
y luégo la sosiedat,
que siempre á una la disen
tantas cosas...

LIB. Es verdad.

FEL. Y en Madrit los caballeros
tienen la amabilidat
de desir tantos *eulogios*...

DUQUE. ¡Por Dios, hija!

FEL. Y siempre están
que con esto y con lu otro
y con lo de más allá,
y que si fué, que si vino,
y patatin, patatán,
y vamos, lo que yo digo,
si ma llego á extraviar,
que me busquen en el medio
de Madrid, la veritat!

DUQUE. (No, pues hija, si te pierdes
yo no te voy á buscar.)

LIB. Ya habrá usté hecho más conquistas...

FEL. Usté sabe por demas
que yo...

LIB. ¡Ah! Sí.

FEL. Pues...

LIB. ¿El Duque
no sabe?

FEL. No.

DUQUE. ¿Yo? (¡Qué afan!)

FEL. No sabe res, no señora.

DUQUE. (Ni quiero.)

LIB. Pues yo...

DUQUE. (Apretad,
que no me doy á partido.)

LIB. Pues yo si lo sé.

FEL. Cabal.

DUQUE. ¡Ah! con que usted... (¡Niña, vámonos!)

LIB. Parece que hay un galan...

DUQUE. En el Español; muy bueno:
Rafael Calvo; sin igual.

LIB. ¡No!

FEL. ¡No, tio!

LIB. El que yo digo..
FEL. ¿Pero á qué es disimular?
Mi tio es para mí un padre;
me quiere á no poder más;
usté se halla embarasada...
LOS DOS. ¿Eh?
FEL. Sin atreverse á hablar,
y me parese más franco
desir toda la verdat.
DUQUE. ¡Uf! ¡las dos! (Mirando el reloj.)
LIB. Duque, se quieren.
DUQUE. ¿Se quieren?
LIB. Mi hijo es leal,
honrado, noble.
DUQUE. Señora,
esto es tan irregular...
LIB. Yo le pido á usted la mano
de su sobrina carnal.
FEL. Ya está usted comprometido.
LIB. Ya la solté.
DUQUE. ¿Pero hay
tal modo de pedir manos
á una persona formal?
FEL. Es su genio.
DUQUE. Estos asuntos
nunca se deben tratar
de este modo!
FEL. Por Dios, tio...
DUQUE. Yo no puedo...
FEL. Si es verdad.
Delante de mí no quiere
de los detalles hablar;
pero yo sé que él no ansía
más que mi felisitat,
y que tiene un corason
que parese catalan,
segun lo noble que siente
y segun siente al amar.
Yo estoy un poco afectada
por el rubor natural,
y puesto que Gabriel llega
y ellos dos de esto hablarán,

si á usted le parese vamos
al tocador á charlar
y luégo á la Castellana
con el coche á selebrar
el suseso, y comeremos
en el Duque; ¿no es verdad?

LIB. Vámonos pues. Señor Duque,
tiempo tendremos de hablar:
en principio está arreglado.

DUQUE. En principio está muy mal
que ustedes...

FEL. ¿Pero no vamos?
Tio, es mi felisidat.

DUQUE. Sobrinita, me la pagas.

LIB. (No le peta.)

FEL. Él sederá.

DUQUE. De mí todo el mundo abusa
y es por mi debilidad. (Vánse las dos.)

ESCENA XIII.

EL DUQUE, SOLEDAD.

SOL. ¡Hum! ¡El viejo!

DUQUE ¡Oye, hija mia!
Esta chiquilla me emboba.

SOL. (Si él supiera que me roba
la esperanza que tenía...
Y es lástima que con tanta
crueldad siga en su empeño,
que este viejo tan risueño
sin saber por qué me encanta.)

DUQUE. (¡No quiere nada conmigo!)

SOL. (¡Ella es jóven, guapa y rica!)

DUQUE. (¡Qué madrileñas!) ¡Eh, chica!

SOL. ¡Qué quiusté!

DUQUE. (Cuando yo digo...
¡Qué acento el de estas chiquillas!)
¡Jé, jé!

SOL. ¿Y esa risa, qué es?

DUQUE. Tú has nacido en Lavapiés.

SOL. No señor, en las Vestillas.

DUQUE. ¡Buen barrio!
SOL. Es decir, allí
paece que debí nacer,
allí me halló una mujer
en la calle.
DUQUE. ¡Jí, jí, jí!
SOL. ¿Qué?
DUQUE. ¡Tengo yo hechos caminos
á esos barrios!
SOL. ¿Sí?
DUQUE. ¡Ay, ay, ay!
Ya lo creo!
SOL. Pues velay,
que habremos sido vecinos.
DUQUE. ¿Y tú estás sirviendo aquí?
SOL. Estoy aquí recogía.
DUQUE. ¡Ah! vamos, no lo sabía.
SOL. Y ya me voy.
DUQUE. ¿Cómo así?
SOL. Que Gabriel... que don Gabriel,
me recogió como un padre,
y su desalmada madre
no piensa lo mismo que él.
Porque por lo visto estoy
siendo un estorbo en la casa.
DUQUE. ¿Un estorbo? ¿Pues qué pasa?
SOL. Estorbo á la dicha soy.
¡Pero si le cuento á usté
lo que hay, se va usté á enfadar!
DUQUE. (¡Qué lance tan singular!)
Habla, no me enfadaré.
SOL. Oiga, la verdad, señor,
esa...
DUQUE. ¿Qué?
SOL. La señorita
Felisa, mi paz me quita,
con su nombre y con su amor.
Y aunque á mí me echen de aquí,
lo digo y... pese á mi estrella,
Gabriel casará con ella
pero á quien quiere... es á mí!
DUQUE. ¡Zapateta!

SOL. Y es completa
su ruina y la de esta casa
si el señorito se casa.
DUQUE. ¡Zapateta! ¡Zapateta!
SOL. Ya la solté, que me den
el castigo, no lo siento,
pero si no hablo, reviento.
DUQUE. (Despues de pensar algunos instantes.)
¡Oye, chiquilla. Haces bien!
SOL. ¿Eh?
DUQUE. Ven aquí; con franqueza,
podrás tú ser muy ladina,
pero mi cara sobrina
es tonta de la cabeza.
SOL. ¿De veras?
DUQUE. Y pretenciosa.
SOL. ¡Se ve!
DUQUE. Y desagradecida.
SOL. (Si me lo calé en seguida
que era muy refastidiosa.)
DUQUE. Ya veo lo que ha pasado.
Gabriel tiene buen sentido;
te ha visto, te ha comprendido
y de tí se ha enamorado.
Y el corazan no se engaña,
son los hombres muy extraños.
Tenía yo cuarenta años
y duque y grande de España
me enamoré de tal suerte
y con tan grande furor
y me dió el pícaro amor
tan de repente y tan fuerte,
que á no llevarme á Bruselas
la muerte de mi madrastra,
me caso con una sastra
de la calle de las Velas.
SOL. ¡Ah, señor!
DUQUE. Yo nunca dudo
cuando el corazon me implora.
Yo te ayudo.
SOL. ¡Oh, Dios!
DUQUE. (¡Y llora!

¡Pobrecilla!) Yo te ayudo.
¡Jé, jé, jé! Me gustan á mi
las intrigas y el jaleo.

SOL. Pero ¿y ella?

DUQUE. Si deseo
que la desbanques aquí!

SOL. Mas la madre..

DUQUE. ¡Hay tal torpeza!
Despliega tú tus tesoros
mujeriles, que los toros
se matan en la cabeza.
En tus celos hallarás
trazas para tus anhelos.

SOL. ¿Los celos? ¿Qué son los celos?

DUQUE. Pronto lo averiguarás.
¡Nada! ¡busca al enemigo!
véncelo de cualquier modo!
Yo estoy aquí para todo
y cuenta siempre conmigo.
Y si te ves en apuros
acude al instante á mí,
que para ayudarte á tí
tengo yo miles de duros!

SOL. ¡Ah, señor!

DUQUE. No sé por qué
te quiero: si es uno un niño!

SOL. Yo le tengo á usted cariño
desde que le he visto á usté.

DUQUE. Pues á ganarse el marido
y á ahuyentar á la rival,
y á luchar franca y leal
y á recobrar lo perdido.
Yo traeré aquí á la engañosa;
vete: yo te llamaré.

SOL. ¡Ah! ¡Bendito sea usté!

DUQUE. ¡Deliciosa! ¡deliciosa! (Váse Soledad.)

ESCENA XIV.

EL DUQUE, GIL.

DUQUE. ¡Felisa!

GIL. (¡Al fin! ¡Aquí está!)
Señor Duque..
DUQUE. (¡Malo! Gil.)
GIL. Un asunto de importancia:
me hace en pos de usted venir.
DUQUE. (Se va á quejar de Felisa.)
Ya sé, ya sé...
GIL. Sabe...
DUQUE. Sí.
GIL. En materia de intereses
su casa de usté...
DUQUE. Alto, Gil;
si es cosa de pleitos, pagos,
rentas y cosas así,
yo no sé ni una palabra,
vaya usté á ver á Martin.
GIL. ¡Martin!
DUQUE. Sí, mi apoderado.
Desde que heredé al morir
mi padre título y rentas,
tuve la idea feliz
de no ocuparme de nada
y que él se ocupe por mí.
No tengo hijos, me divierto,
Martin paga y á vivir.
No soy yo como mi padre,
del cual dieron en decir
que hasta prestaba dinero
y su apoderado...
GIL. ¡Oh! Sí.
De eso quiero hablar; el duque
difunto prestó en Madrid
años hace cierta suma
á doña Liboria Ortiz...
DUQUE. Á doña...
GIL. Á doña Liboria.
DUQUE. ¿Pero á cuál? Pero...
GIL. ¡Qué!
DUQUE. En fin...
veo en esto...
GIL. Algo muy claro
que no entiendo: por qué así

le altera.

DUQUE. Que ese apellido
es muy fatal para mí.

GIL. (¿Qué es esto?)

DUQUE. La Ortiz famosa,
la Liboria que en Madríd
era primero prendera
y luégo tuvo un sin fin
de oficios... casa de huéspedes...

GIL. En ella la conocí.

DUQUE. Hábleme usted claro y pronto,
hábleme usted claro, Gil.

GIL. Pues doña Liboria, hoy viuda
de Plon...

DUQUE. ¡Es esta!

GIL. ¡Esta!

DUQUE. ¿Sí?

GIL. Esta es la que á usted le debe.

DUQUE. ¡Esta!

GIL. Sí.

DUQUE. ¡Me debe á mí!..
Pero no, si no es posible!

GIL. Tan posible, que adquirir
pretendo el crédito yo
por dar al asunto fin.

DUQUE. ¿Pero es esta?...

GIL. Esta es aquella.

DUQUE. Pero yo le debo...

GIL. ¿Sí?

DUQUE. Pero esta señora...

GIL. ¡Duque!...

DUQUE. (Yendo al cuarto de Doña Liboria.)
¡Señora! Mas no, no: Gil,
deme usté el brazo, corramos...
vamos á ver á Martin...
me enteraré del asunto.
Oh, Madrid, Madrid, Madrid!
Es claro, sus espejuelos,
su peinado, su barniz,
sus tarjetas con escudo,
su manera de vivir...
estas viejas son terribles!

Vaya, vaya con la Ortiz. (Vánze.)

ESCENA XV.

SOLEDAD, depues FELISA.

SOL. ¡Ni ella ni él: con qué impaciencia
le aguarda mi corazon!
¡Celos! Ah, si serán celos
este secreto dolor
que al pensar en que le quieren
siente el alma? si lo son
á fe que dan un tormento
que no le he visto mayor. (Sale Felisa.)

FEL. Bueno, aquí la espero á usted;
saldremos en el landón
y vendremos al Retiro
y allí hablaremos mejor.

SOL. (¿Cómo he de poder yo sola
convencer á la razon
á una señorona así
que ha de saber más que yó?)

FEL. (Dise su madre que al moso
le halagan con otro amor
y que yo... Vamos, ¡qué cosas!
(Yo quiero haser esta union
por desir en Barselona:
¿desían que yo era atros
y que no me casaría
ni en un año ni en los dos?
pus anda!)

SOL. (El viejo me ayuda.)

FEL. (Mi tio es un sesenton
y dentro de mes y mich
tengo de dote un millon
y me marcho con mi esposo
á vivir á Mataró,
y le digo á la Macaria,
esa que me desbancó
con Marinéu, ahí lo tienes,
toma la desbancasion.)

SOL. (Si él no la quiere, ¿por qué
se casa?)
FEL. (Pues no que no.)
SOL. (¿Mas yo por qué temo nada?
¿no da fuerzas el amor?)
FEL. (¡Pues no faltaba otra cosa!)
SOL. (¿Pues Gabriel no me mandó
que me quedase?)
FEL. (Lo pesco.)
SOL. (¿Quién dijo miedo?)
FEL. (Viendo á Soledad.) ¡Ah!
SOL. (Al ver á Felisa.) ¡Oh!
(¡Su novia!)
FEL. (¡La criadita!)
SOL. (¡Y es hermosa!)
FEL. (¡Oh! qué ocasion
de averiguar lo que quiero!)
SOL. (¡Me mira!)
FEL. (Pus sí señor.
Los criados saben siempre
lo que pasa alrededor,
y esta chicota me puede
contar lo que quiero yo.)
¡Asércate, noya!
SOL. ¿Noya?
FEL. Me vas á haser un favor.
Tú sabes lo que aquí pasa...
Toma.
SOL. ¿Qué?
FEL. Toma un doblon.
SOL. ¿Dinero?
FEL. Para que compres
un vestido.
SOL. (¡Santo Dios!
Todos me ofrecen dinero...
¿para qué lo quiero yo?)
FEL. Mira, chiquita...
SOL. No, gracias.
FEL. ¡Ah! ¿No lo quieres? Mejor.
Ya me lo dirás de gratis.
Ven acá.
SOL. (¡Si es un primor!

Cómo no se ha de casar,
cómo he de vencerla yo?)

FEL. Mira, yo sé que tu amo...

SOL. ¿Mi amo?

FEL. Tiene el corazon
muy sensible.

SOL. ¡Si lo tiene!

FEL. ¿Verdad?

SOL. Mucho.

FEL. Y que el amor
entra en él con tanta fuerza
que es una exagerasion.

SOL. (¡Le conoce!)

FEL. ¿Tú eres franca?

SOL. ¿Franca?

FEL. Díme sin temor.
¿Á quién piensas tú que quiere
don Gabriel?

SOL. ¿Eh?

FEL. Di.

SOL. Pues yo...

FEL. Tú lo sabes.

SOL. (¿Qué me pide?)

FEL. No me enfado.

SOL. ¿No?

FEL. ¡Qué no!

SOL. ¡Pues... á mí!

FEL. ¡Mare de Deu!!
¿Qué dices? Habla!

SOL. ¡Perdon!

FEL. ¡Habla!

SOL. Pienso que se casa
con usted...

FEL. ¡Habla, por Dios!

SOL. Porque le obligan á ello,
pero sin fe y sin amor.
Pienso que usté, señorita,
es una gran proporcion,
que el dinero es rey de todo
lo que hay debajo del sol,
que el mundo es del que más tiene,
que usted es rica y yo no...

y que yo me estoy muriendo
de impaciencia y de dolor!

FEL. ¿Pero tú sabes qué dises?
¿Pero tú hablas en rason?
¿Pero tú sabes siquiera,
criatura, qué es amor?
¿Es posible que un sujeto
de tan buena posision
haya puesto sus miradas
en un ente sin valor?
Vamos, vamos, muchachita,
tú te has hecho una ilusion.
Cómo puedes figurarte
que Gabriel... ¡Calla, por Dios!
Vaya, vaya, que á las veses
se ven cosas tan atros...
que paresen propiamente
cosas de atrás del telon!

SOL. ¿Se rie usted?

FEL. ¡Pobresita!
Dí que el amo te gustó
y has pensado... Vamos, vete!

SOL. Pero...

FEL. ¡Nada! ¡anda con Dios!

SOL. ¡Me desprecia!

FEL. ¡La bobita!

SOL. ¿Eh?

FEL. ¿Conque te enamoró?

SOL. Si le ha enamorado á usted,
¿por qué no he de amarle yo?

FEL. ¿Cómo?

SOL. Si las dos tenemos
en su sitio el corazon:
¿qué ley hay que nos impida
que le queramos las dos?

FEL. Pero tú no...

SOL. El primer dia
que usted á don Gabriel vió,
¿qué sintió usted en el alma?

FEL. ¿Qué sentí? ¡una desazon
que me quitó calma y sueño,
y pás!

SOL. Pues lo mismo yo.
FEL. Parese que una voz honda
me desía: «buscaló.»
SOL. ¡Pues á mí me resonaba
dentro del pecho otra voz!
FEL. La mia desía: ¡síguele!
SOL. La mia: ¡ve su dolor!
FEL. La mia: tú has de ser suya.
SOL. La mia: él te adivinó
FEL. Es tan guapo, tan simpático..
SOL. Tiene tan buen corazon...
FEL. Tiene en los ojos el alma.
SOL. Lleva pintado el dolor.
FEL. Él es pobre y ambisioso.
SOL. ¡Llama y se pierde su voz!
FEL. Yo le daré rentas, glorias...
SOL. Yo le daré un corazon.
FEL. Será noble, rico, grande...
SOL. Su alma encontrará calor...
FEL. ¡Yo soy la que él necesita!
SOL. ¡Pues la que él busca soy yo! (Pausa.)
FEL. Ascolta: te voy á hablar
cual si no fueras quien eres;
aquí somos dos mujeres
que van su afan á pintar,
Cuando pienses en llegar
de mi potensia á la llum,
hablas conforme y sigun
y ante mí humillas la cresta,
que la flor cuant mes modesta
atesora mes perfum.
Tú no comprendes, nineta,
todo el amor que atesora
la fuersa fasinadora
de su dolsa miradeta!
Tú, la humilde payeseta,
busca, busca per ahí
otro amor digno de tí
siempre en la sombra escondida,
que la sombra está reñida
con la llum del de matí.
Tú no comprens el fervor

con que yo siento mi afan,
pues lo siento en catalan
porque lo siento mejor!
Que la llingua del amor
nasido en los corasones
no tiene más tradusiones
que las que al alma convienen,
y tambien per amar tienen
lengua patria las pasiones.
Allí donde todo el ancho mar
entre verdes espadañas
besa las altas montañas
de aquella tierra sin par,
las hembras cuando han de dar
suelta á su amoroso anhelo,
como el águila en su vuelo
salvan con rauda pasion
de sus mares la estension
y la intensidad del sielo.
Y este amor que es ya mi bien
tú lo ha despertat en mí
como el turbio remolí
de las aiguas del torrent:
ayer luchó en el desden,
hoy le aumentas tú el afan;
tuyas las culpas serán
y en vano venserme esperas,
no tientes más á las fieras...
que las fieras tienen fam!

SOL. Tal vez mi sorda agonía
no sepa romper el dique,
y tal vez yo no me explique
tan bien como yo querría.
Acaso la lengua mia
no acierte bien á decir
lo que va á tener que oir
quien juzga á mi amor vencer,
que yo en fuerza de querer,
¡ay! no sé más que sentir.
Pensaba yo en mi alegría
mirándome en mi Gabriel,
que el alma que adoro en él

sólo debiera ser mia,
y al ver en mi suerte impía
que usté en su alma penetró,
no quiero verlo, eso no,
¡cómo puedo consentir
que nadie venga á vivir
en donde he nacido yo!
Huérfana, errante, perdida,
de miseria único ejemplo,
yo me guarezco en el templo
que á la salvacion convida:
templo en que mi amor anida
es su alma, mi fé, mi hogar,
mi religion, santo altar
que mi corazon adora,
y de ese templo, señora,
no se me puede arrojar!
Si á mi ferviente pasion
intensa, franca, sincera,
álguien atentar quisiera
con envidiosa ambicion,
yo, que tengo el corazon
humilde, más castellano,
ántes que aleve y villano
otro á mi pasion ultraje,
haré con mi amor salvaje
guerra al amor cortesano.
Y haré... Mas ¿qué puedo hacer
si no rendirme y rogar,
y hasta el amor mendigar
que no logro merecer?
Otros mil podrán querer
el amor de usted... ¡Oh! ¡sí!
aléjese usted de aquí,
yo en su nobleza confío;
déjeme amarle, que es mio,
es mio, y vive por mí!
Á quien tiene tal belleza
no pueden faltarle amores:
quien brilla por sus primores
y ostenta tanta nobleza,
deje á la amante pobreza

lograr el bien que soñó;
Gabriel vivir deseó
viéndome á sus piés postrada,..
y él no necesita nada
sino que le quiera yo!!

FEL. ¡Nunca!

SOL. ¿Por qué así se empeña
su amor en lucha tan vana?

FEL. ¡Tengo el alma catalana!

SOL. ¡Yo la tengo madrileña!

FEL. Ántes que al que me desdeña
le llames tu dulce bien,
te ha de matar su desden
y he de venserte triunfante.

SOL. ¿Sí? ¡Pues guerra y adelante!

FEL. Pus adelante... ¡y auém!

SOL. ¡No temo á tus explendores!

FEL. ¡Tú con tus selos te engañas!

SOL. ¡Oh! ¡no!

FEL. ¡Me arden las entrañas!

SOL. Son muy pobres tus amores.

FEL. ¡Vete!

SOL. Aunque así me desdores,
yo sabré humillar tu encono.

FEL. ¡Vete, y no me alses el tono!

SOL. Sí.

FEL, ¡Silencio!

SOL. ¡Oh! sí!

FEL. Traidora!

GAB. (Dentro.) ¡Soledad!

SOL. ¡Su voz! Señora...

FEL. ¡Te detesto! (Váse.)

SOL. (Viéndola partir y despues de una pausa.)
¡Te perdono!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Doña Liboria aparece sentada en el sillon y Soledad con los ojos bajos delante de ella.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LIBORIA, SOLEDAD.

LIB. Oye bien lo que te digo;
si de quien soy te prevales,
niña, mis penas son tales,
que van á acabar conmigo.
Yo no puedo ya en verdad
soportar tanto disgusto,
y no me parece justo
lo que haces tú, Soledad.
En mal hora consentí
que en mi hogar te guarecieras;
pensé que correspondieras
á lo que hacía por tí.
No pude yo imaginar
que cuando abrigo te daba,
tu presencia me anunciaba
tanto y tan hondo pesar.
Ya no te quiero reñir
ni hablarte con malos modos;
he puesto en práctica todos

los medios de combatir
esa engañosa ficcion
conque al parecer me vences,
y al pobre Gabriel convences
de tu fingida pasion.
Dime toda la verdad
de tus mentidos afectos,
refiéreme tus proyectos,
óyeme bien, Soledad.
¿Es que la ilusion te forjas
de hallar sombra en mi linaje?
Pues hija, para ese viaje
no eran menester alforjas.
Con decirlo sin rodeos...
yo te ayudaré á medrar,
¡si yo puedo realizar
fácilmente tus deseos!
¿Quieres ponerte á coser
en casa, ó á domicilio?
Yo te doy el utensilio
y te doy á conocer,
y te procuro costura,
y te regalo la tela,
y te busco clientela,
y vivirás con holgura.
¿Quieres entrar al servicio
de un título de Castilla?
¡Yo me pongo la mantilla
y pronto tienes oficio!
¿Quieres dedicarte á actriz?
Si tienes disposicion
te busco colocacion,
y en perdiendo ese barniz
que tienes tan ordinario,
yo lo hago con mucho gusto,
y ó poco puedo ó te ajusto
con Ducazcal ó con Mario.
¿Quieres seguir otra senda
más segura? pues yo haré
que álguien que pueda, te dé
para montar una tienda.
En fin, tú piensa, hija mia,

en todo lo que se quiera,
pero nunca en ser mi nuera,
que eso es una tontería.
Y pues tienes ambicion...
¿Por qué estás llorando ahora?
Vaya...

SOL. ¡Porque usted, señora,
no entiende mi desazon!

LIB. Pues habla y la entenderé.

SOL. ¡Usted piensa que le quiero
por lo que de él espero?...
Qué equivocada está usté!

LIB. ¿Pues cómo no he de pensar
que buscas todos los modos
de engañarle, cuando á todos
les ha sabido engañar,
y sé que se logra así
lo que no se lograría...

SOL. ¡Ay Vírgen del alma mia!
¡Qué están pensando de mí!...

LIB. ¿Habla!

LOL. Por el Dios del cielo,
el Duque y todos me hablaron
sin doblez, y me ayudaron
y me prestaron consuelo.
Todos veían en mí
santo amor hácia Gabriel:
todos veían en él
lo que yo al quererle ví.
Y usted, su madre amorosa,
ocupada en apurarle,
no vé que verle y amarle
todo es una misma cosa!

LIB. ¡Dios mio!

SOL. Y su vida es mia,
que él á quitársela fué,
y yo vivir le mandé,
y sin mí no viviría!

LIB. ¿Qué dices?

SOL. ¡Claro!

LIB. ¡Morir!
¡Habla!

SOL. Pero...
LIB. ¿No obedeces?
SOL. ¿Pero, señor, cuántas veces
lo tendré que repetir?
Cuando se quiso matar...
LIB. ¡Ah! si ántes no te entendí!
SOL. Pues no dije...
LIB. Si creí...
SOL. Y yo lo pude evitar.
Y le mataba la ira
porque una mujer le hiere...
y porque usted no le quiere!
LIB. ¡Oh! Yo...
SOL. Parece mentira.
Y al ver que le quiero amar
tambien se enoja!
LIB. ¡No!
SOL. ¡Y llora!...
¡Ah! gracias á Dios, señora,
que la veo á usted llorar!
LIB. ¡Matarse! ¡Hijo de mi alma!
¡Que venga! todo lo olvido.
Si ser quiere tu marido
y esto le vuelve su calma,
que sepa ¡ay! y tú tambien,
que yo he querido casarle
con otras por procurarle
su paz, su dicha, su bien.
Que el amor nunca es fecundo.
¿Quién sin dinero vivió?
SOL. ¿Pues cómo he vivido yo
desde que vine á este mundo?
¿Piensa usted que yo le quiero
porque esta union me convenga?
¿Qué importa que nada tenga?
qué me importa su dinero?
¿Pues los pájaros que cantan
piando á más no poder,
saben lo que han de comer
cuando al alba se levantan?
Y ellos salen adelante
y tienen diariamente

abajo el nido caliente
y arriba el cielo brillante;
y eso es lo que hay que encontrar
y eso es lo que hay que pedir,
un nido en donde sentir
y un cielo á donde mirar!

LIB. Vé y llámale, desdichada,
mas no sé cómo lo hareis.
Dios quiera que no lloreis
union tan disparatada.
Yo pobre y con vanidad,
el amante y sin carrera,
hija mia, considera
que es una barbaridad.

SOL. ¡Gabriel!

ESCENA II.

SOLEDAD, DOÑA LIBORIA, GABRIEL.

GAB. ¡Madre!

LIB. ¡Ven, hijo!
pedirte quiero perdon.

GAB. ¿Usté á mí? ¡Qué variacion!
La has convencido, de fijo. (Á Soledad.)

LIB. Sé que pensaste en morir...

GAB. ¡Oh!

LIB. Que la muerte buscabas:
que de tu madre dudabas
y que has querido vivir,
no sé si por Soledad
ó por mí.

GAB. Yo...

SOL. Por las dos.

LIB. Yo á nada me opongo.

GAB. ¡Oh, Dios!

LIB. No influyo en tu voluntad.
Mas ya que sigas tan ciego
tu funesta inclinacion,
dadme alguna solucion
en vuestras manos me entrego.

LOS DOS. ¿Pues qué pasa?

LIB. El interés
áun á las madres ofusca,
y á más toda madre busca
el bienestar del que es
su esperanza y su ambicion;
y yo por eso insistía...
para esta boda tenía
una secreta razon.

GAB. ¿Cómo?

LIB. Yo estoy tan tronada...
mi hacienda la he consumido.

GAB. Pero...

LIB. Nos la hemos comido;
sí, hija mia, aquí no hay nada.
Ves estas ostentaciones,
este tren, esta opulencia?
¿ves esta magnificencia
que admiras en mis salones?
Pues hija, esto está perdido,
la mitad no está pagado,
la otra mitad embargado
lo demas intervenido.
Ya de la córte en el centro
has de ver, niña hechicera,
que hay gran miseria por fuera
pero hay mucha más por dentro!

SOL. Pero...

LIB. Yo al Duque le debo
sumas que no he de pagar,
y que me hacen detestar
la horrible vida que llevo.

SOL. Entónces usted ignora
que el señor Duque es tan bueno,
que ántes del desdoro ajeno
quisiera el suyo! Señora,
una sola vez le hablé
y le aprendí en un momento,
y tengo el convencimiento
de que no me equivoqué.
Dejen á mi corazon
este asunto resolver,
que ó poco hemos de poder

ó de hallar la solucion.

LIB. Sea, puesto que cruel
lo quiere el destino así...
mas conste que no es por tí
por quien cedo, que es por él;
que ni rentas ni fortuna
le das al hijo que adoro,
que es á mi nombre un desdoro
lo villano de tu cuna,
y que solamente al ver
que á tí te debe la vida,
puede una madre afligida
dar á su hijo tal mujer.

SOL. ¡Oh! (Con intensa amargura y despecho.)

GAB. ¡Madre!

SOL. Tiene razon;
yo su nobleza comprendo...

GAB. ¡Soledad!

SOL. (Ironía.) Si no me ofendo!
Culpa es de mi condicion.

LIB. Es claro.

SOL. (¡Humillarme así!)

GAB. ¡Soledad!

SOL. ¿Lloras?

LIB. ¡Si es tonto!

SOL. Déjanos.

CAB. Pero...

SOL. Muy pronto
te llamaremos aquí.
Déjame á tu madre hablar
que convencerla confío.

GAB. Mas...

SOL. Déjalo á cargo mio,
que todo se ha de arreglar.

ESCENA III.

DOÑA LIBORIA, SOLEDAD.

SOL. Ya estamos las dos solas,
ya hablar podemos
y aquí nuestras dos almas

abrir debemos.

LIB. ¿Qué dice ahora?

SOL. Hable ya la mendiga
con la señora.
Soledad solitaria
pobre y oscura
va á devorar mañana
su honda amargura;
pero ántes quiere
hablar muy alto y salga
lo que saliere!
En medio del arroyo
brotan amores,
como en medio del campo
brotan las flores.
Los pasajeros
las cogen y las echan
á los linderos.
Yo soy la flor del campo
que el aire hiere,
con el sol se levanta
con el sol muere.
Gloria de un dia
víctima de su sorda
melancolía!
Gabriel, niño y poeta
soñando acaso,
en mitad del arroyo
me halló á su paso.
¡Nunca me viese!
¡Nunca en su hogar el pobre
me recogiese!
De Gabriel el cariño
mi dicha fuera
si usted mi tierna madre
ser hoy quisiera.
¿Mas qué he logrado?
cariño de limosna
y amor prestado!
Gabriel... tal vez se cure
de mi cariño;
si olvidó á la que amaba

cuando era un niño,
tal vez me olvide...
¿Cómo no si es su madre
quien se lo pide!
Para salvar la ruina
que os amenaza
sin que el mundo os murmure
yo tengo traza.

LIB. ¿Tú?

SOL. Sí; y lo quiero!
yo tengo lo que os falta;
tengo dinero!
Aquí mismo hace poco
me han ofrecido
lo que para mí sola
yo no he querido.
¡Ay desdichados!
¡Pediré lo que os falta!
¡Ya estais salvados!
Usted queda tranquila,
Gabriel... le adoro,
pero otras, de belleza
rico tesoro
bríndanle amores,
y á él y á usted les esperan
dias mejores.
¿Qué iba á darle á su hijo
la pordiosera?...
un corazon que suyo
por siempre fuera,
Pero y la cuna?
y los dulces halagos
de la fortuna?
¡No! Dentro de mi pecho,
pobre y altiva,
Gabriel vivirá siempre
mientras yo viva;
pero á lo ménos
que su madre en él logre
timbres ajenos.
No intente usté ablandarme,
porque este ambiente

mi corazon ahoga,
nubla mi frente.
¡Almas de hielo!
¡Dejad que huyan las flores
tras de su cielo! (Váse.)

ESCENA IV.

DOÑA LIBORIA.

¡Es pobre, pero orgúllosa!
pero si al serlo me salva,
la ocasion la pintan calva
y la ocasion es preciosa.
¡Pensar que en labios ajenos
me incomoda este cinismo
y que yo he sido lo mismo
sobre poco más ó ménos!
Todavía puede ser,
si esta muchacha se va,
que Gabriel curado ya
tome á la otra por mujer. (Váse.)

ESCENA V.

GIL, FELISA.

GIL. Venga usté acá, señorita.
FEL. ¡Otra nueva desason!
¿Por qué nos hase venir
mi tio?
GIL. Presumo yo
que viene tras de nosotros.
FEL. Así me lo aseguró
cuando usted salió del cuarto
en donde estaban los dos
dando aquellas grandes voses
con el administrador.
Dijo: vé con Gil á casa
de la tal viuda de Plon,
que en arreglando estas cuentas
de seguidita voy yo,

y allí vamos á armar una
que va á arder la poblasion.
¿Qué es lo que vamos á armar?
¿qué susede?... Por favor,
que ni comer me han dejado
con tanta mala rason.

GIL. ¿No ha comido usted aún
por nosotros?

FEL. Sí señor,
ya estoy comida.

GIL. ¡Ah!

FEL. Mas veo
que aquí hay un nuevo complot,
y que quien lo está pagando
es mi pobre corason.

GIL. (¡Ah falsa!) ¡Y el mio?

FEL. ¿Cómo?

GIL. Usted burlando mi amor
en Gabriel puso los ojos...

FEL. Por vengansa!

GIL. ¿E ı?

FEL. ¿Cómo no?
(Si despues que el otro títere
me despresia sin rason
no torno con éste, antónses
se van á reir los dos.)
Usté me dijo piropos,
es verdat; miso el amor,
pero usté tenía amores
con otra mujer.

GIL. ¿Quién, yo?

FEL. Y que se llama Isabel.

GIL. ¡Ah!

FEL. Lo sé de sierto.

GIL. (¡Horror!
Isabel en su despecho
habrá dicho...)

FEL. Esta traision...

GIL. Ella tal vez...

FEL. Me la dicho
doña Liboria.

GIL. (¡Es atroz!

Me obliga á urdir aquel lío
y luégo lo cuenta... ¡Oh!
¡Es claro, caí de patas
como el más bobalicon!)
Liboria le ha dicho á usted...

FEL. Me dijo, dise, Muñós...
¿no es Muños como le disen?

GIL. Sí.

FEL. Pues bien; tiene otro amor;
ha desbancado á mi hijo,
tiene muy mala intension
y quiere hablar en ustet
por conveniensia.

GIL. ¡Yo, no!

FEL. Y entónses, yo que veía
de Gabriel la desason,
ma interesó, francamente,
vamos, que ma interesó!
Yo soy así, tengo un alma
de aquí á la Puerta del Sol,
y soy selosa, y la noya...
la chica, me alsó la vos
y se me puso al igual
hablándome de su amor;
y entónses, me da vergüensa
de desirlo, entónses yo
me encontré aquí con Gabriel;
él notó mi confusion
y á varias insinuasiones
que sin faltar al blason
de mi tio le hise aquí,
¿qué dirá que respondió?
que lo sintía muchísimo,
pero que su corason
estaba puesto en la otra,
y tengo una indignasion
que, vamos... que no he comido
más que dos sorbos de arrós!

GIL. ¡Justo castigo!

FEL. Usté piense
que el tio sin susesion
me nombrará su heredera,

heredo un millon ú dos
ú tres ú cuatro, ó quién sabe!
¡Tiene una fortuna atrós!
Pues hombre, ¿qué más querías?
fortuna, riquesa, amor...
Pues se casa en la criada:
¡hombre, por lamor de Dios!

GIL. (¡Tiene una franqueza... horrible!)
Y en tanto mi corazon
herido...

FEL. Usté tiene otra.

GIL. No le diré á usted que no;
pero ya es tiempo de hablar
toda la verdad.

FEL. (¡Bribon!
Dejar que ma humille así
una donsella!...)

GIL. Mi amor
hácia Isabel fué... de encargo.

FEL. ¿De encargo?

GIL. Sí, de ocasion.
Doña Liboria quería
en su insensata ambicion,
que Gabriel y usted unidos
le prestaran su esplendor.
Yo me presté á desbancarle
por circunstancias que son
largas de contar, mas nunca
tuve á Isabel gran amor.
El Duque sabe que ha dias
le hablé de usté...

FEL. Sí, por Dios;
y le ofresió á usté mi mano,
y así lo quería yo;
mas doña Liboria...

GIL. Siempre
doña Liboria!

FEL. Varió
mi gusto; traté á Gabriel,
le amé...

GIL. ¿Le ama usted?

FEL. Ya no,

que el amor propio es muy malo,
y soy de una tierra yo
donde en sintiendo la ofensa
se desborda el corason.

GIL. Pues yo, que sé perdonar,
yo que con fe en mi pasion
la he visto á usted desviarse
de mi pretendido amor,
yo, Felisa, seré siempre
lo que fuí: que soy quien soy,
y usté es para mí la sola
mujer que mi alma prendió
y fundo en usted mi dicha...
(y mi renta que es mejor.)

FEL. Vaya, dise usté unas cosas
y me da usted un perdon
tan dulse, que casi casi
marrepiento, sí señor;
y si supiera de fijo
que no hay en su corason
rencorsillo...

GIL. No le tengo.

FEL. ¿Pero por qué mangañó?

GIL. Vamos á ver á Liboria,
descubre usted el complot...
venga usted.

FEL. (Con uno ú otro
yo he logrado mi intension:
pero Gabriel! ay Gabriel!...)

GIL. Vamonos dentro los dos
que cuando aquí venga el Duque
no será tiempo.

FEL. Pues...

GIL. No.
Suceden cosas muy graves:
va á haber una desazon
que va á sonar en Madrid
lo ménos un mes ó dos!

FEL. Vamos, Madrit es la cosa
más tonta que hay visto yo.
Si realisamos la boda
véngase usté á Mataró,

que es... es mejor que Madrit,
y allí se vive mejor,
y allí no hay cuentos ni chismes
ni intrigas, ni falso amor (Viendo á Soledad.)
ni... chulas!

GIL. Pero...

FEL. Le digo
que esto es una cosa atrós! (Vánse.)

ESCENA VI.

SOLEDAD con un lio de ropa.

Adios, adorado hogar,
donde fuí dichosa un dia
y donde soñar quería
yo, que no debo soñar.
Pues el Duque me ofreció
sus tesoros por vencer
á la dichosa mujer
que de mi amor se burló,
ya que el remedio es seguro
que la mentira me valga
con tal que su madre salga
de su irremediable apuro.
Y ya que no he de lograr
en su corazon vivir,
sálvele yo con mentir
y haya paz en este hogar
para los que aquí dichosos
la fe de mi amor ofenden.
¡Oh Dios mio! cómo venden
el alma los poderosos!

ESCENA VII.

SOLEDAD, D. SIMON.

SIMON. ¡Lo he dicho y no me retracto!
La culpa la tiene él.
Buenos dias: don Gabriel?

SOL. Quién...

SIMON. Llámele usté en el acto.
Dígale usted sin tardar
que las dos y media son
y que está aquí don Simon.
SOL. Voy.
SIMON. Y que viene á cobrar.
SOL. ¿Cómo?
SIMON. Como que me debe.
SOL. ¡Ah! Como que no me paga.
SIMON. ¿Y qué quiere usté que haga?
yo... que el diablo se lo lleve!
SOL. ¡Jesús!
SIMON. Yo he cumplido ya
como acreedor, como amigo,
y si no sale le digo
lo que ocurre á su mamá.
SOL. Dios mio, ¿pues qué sucede?
SIMON. ¿Usté es tal vez su hermanita?
SOL. Sí señor. (Despues de pensar un poco.)
SIMON. Pues, señorita,
cuando uno hace lo que puede
y se lo pagan tan mal,
tiene derecho á enojarse
y á chillar y á sulfurarse
y á darse al diablo. Cabal.
SOL. Cuénteme usted...
SIMON. Muy sencillo.
Don Gabriel se enamoró
de una que le abandonó
en cuanto le olió el bolsillo.
Y entre tanto despropósito
como hizo el año pasado,
tomó dinero prestado
en calidad de depósito.
Resulta que al año y medio
vencido no he visto un cuarto,
y como ya estoy muy harto,
le pierdo, no hay más remedio.
SOL. ¿Qué va usté á hacer?
SIMON. Lo que digo
Aquí está mi pagaré.
(Sacando un pagaré del bolsillo.)

SOL. ¿Es ese?
SIMON. Este que usted ve.
Pongo al cielo por testigo
de que si ántes de las tres
no tengo el dinero en mano,
lo que es su señor hermano
va á la cárcel.
SOL. ¡Cómo!
SIMON. ¡Pues!
SOL. Pero usted no intentará...
SIMON. (Asustándolas me pagan.)
SOL. Usted...
SIMON. Hagan lo que hagan,
ó cobro ó prendo.
SOL. ¡Oh! no!
SIMON. ¡Bah!
SOL. Pero... pensarlo no quiero.
¿Tiene usted alma?
SIMON. Quimera!
señora, si la tuviera
no prestaría dinero.
SOL. ¿Ni cómo los que le amamos
le podremos tolerar...
SIMON. Ese ya es otro cantar.
Puede que nos entendamos.
SOL. Una mujer... no comprende,
yo á lo ménos, no concibo...
SIMON. Vea usted ese recibo
y verá como lo entiende.
SOL. ¿Sólo con este papel
á Gabriel se perdería?
SIMON. ¿Pues sin él cómo podría
hacer presa en don Gabriel?
SOL. ¿Aquí está su honra perdida?
SIMON. Su firma y su honra es igual.
SOL. Y si esta prenda fatal
fuera por mí destruida... (Apartándose.)
SIMON. ¿Cómo?
SOL. En lugar de Gabriel
fuera yo á la cárcel?
SIMON. Sí.
SOL. (Rompiéndole.) ¿Sí? Pues préndame usté á mí,

pero que se salve él!

SIMON. Don Gabriel no negará
su deuda!

SOL. ¿Qué sabe usté?

SIMON. Yo...

SOL. Yo se lo rogaré...

GAB. Y él no te complacerá. (Saliendo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, GABRIEL.

SOL. Sólo á mí el castigo llega.

GAB. Haré otro.

SOL. ¡No!

GAB. De contado.

SIMON. ¡Hágalo si es hombre honrado!

SOL. ¡Gabriel, si me quieres, niega!
(Poniéndose á escribir.)

GAB. ¡Qué me pides, Soledad!

SOL. Que salves tu honra perdida,
ántes que tu madre herida
conozca tu liviandad.
Que me dejes ayudarte
ya que no amante quererte;
que comprendas que al perderte
quiero á lo ménos salvarte.

GAB. ¡Alma grande! ¡Cuál te quiero!

SIMON. ¿Firma usted?

SOL. ¡No!

GAB. ¡Sin demora!

SIMON. ¡Qué afan tiene esta señora
de que yo pierda el dinero!

LIB. (Saliendo.) Gabriel!

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA LIBORIA, FELISA, GIL.

¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

SIMON. Si habla usted...

SOL. ¿Pues no he de hablar?
Que este hombre viene á insultar

á don Gabriel en su casa.

GAB. Madre, este hombre me ayudó,
y hoy tal recuerdo me mata
á seguir á aquella ingrata
que de mi amor se burló,
y hoy Soledad al partir
rompió el pacto que nos liga.

LIB. ¡Ay, hija, Dios te bendiga!
De algo habías de servir.

SIMON. ¿Cómo?

LIB. Usté es un usurero
sin alma y sin corazon,
y nunca tienen razon
los que nos prestan dinero!

SIMON. Pero esto es una espelunca
de bandidos!

GAB. Firmaré.

LIB. Le firmas un pagaré,
pero un depósito, nunca.

SIMON. Señora...

LIB. Ya se arregló.

SIMON. Eso á usted mismo desdora.

LIB. Acaso como señora,
pero como madre, no.
¡Tuviste idea feliz! (Á Soledad.)

SIMON. Firme usted. (Gabriel firma.)

LIB. Justo; y yo ahora,
firmaré cual fiadora.

SIMON. ¡Ah! sí?

LIB. (Firmando.) Yo, Liboria Ortiz.

ESCENA X.

DICHOS y el DUQUE, agitadísimo.

DUQUE. ¡Liboria Ortiz! Eso es!

LIB. ¿El Duque?

DUQUE. ¡Ah, señora mia!

SIMON. Pero...

DUQUE. Si yo bien decía,
que el año cincuenta y tres...
¡Claro!

LIB. ¡Pero, hombre, qué muecas!
DUQUE. ¡Claro!
LIB. Pero yo...
GIL. ¡Qué modos!
DUQUE. ¡Claro! Á usted la llaman todos
la viuda de Plon á secas!
LIB. ¡Caballero!
DUQUE. (Risa nerviosa,) ¡Jí! jíl jí!
¡Soledad! Gabriel! Felisa!
aquí hablarla me precisa,
salgan ustedes de aquí.
Yo llamaré si es forzoso.
TODOS. Pero...
DUQUE. Si vais á volver...
si vamos aquí á correr
un bromazo estrepitoso!
LIB. ¡Señor Duque!
FEL. ¿Qué será?
DUQUE. Nada, usté será mi yerno.
Vamos!
LIB. (¡Trágueme el infierno!)
GIL. Vamos.
DUQUE. Id.
FEL. Ello dirá. (Vánse todos.)

ESCENA XI.

EL DUQUE, DOÑA LIBORIA.

DUQUE. (Despues de cerrar la puerta le dice á Doña Liboria de pronto y con cómico enfado.)
¡Quítese usted la peluca!
LIB. ¡Insolente!
DUQUE. ¡Vamos!
LIB. ¿Yo?
DUQUE. Quítese usted los anteojos,
fuera esos polvos de arroz;
vamos á ver esa cara
tal como se la hizo Dios,
y vea yo esa persona,
que es un contrabando atroz!
LIB. ¿Pero qué dice este hombre?

DUQUE. ¡Ya me sospechaba yo
que había visto esa cara
más de una vez!
LIB. ¿Cómo?
DUQUE. Y Dios
me ha dado mala memoria,
más la letra me bastó
para saber con quién trato
y descorrer el telon!
LIB. Yo no pude figurarme
que un hombre tan *comm'il faut*,
tan noble y tan bien nacido
y de tan ilustre pro,
insultase á una señora
así tan sin ton ni son...
Y yo que no soy duquesa
suelo hacerme más favor
y dar incesantes pruebas...
DUQUE. Déjeme usted hablar.
LIB. No!
Me llamo Liboria Ortiz
Santiponce de Leon
y desciendo en línea recta
del mayordomo mayor
del rey Felipe tercero
de Sicilia y de Aragon;
y si usted se ha figurado
perjudicarme en mi honor,
ni me gana usted á apellidos
ni á títulos, ni á razon!
DUQUE. Señora doña Liboria,
va usted á hacerme el favor
de oirme cinco minutos
con la mayor atencion.
LIB. ¡Soy noble!
DUQUE. Usté no se acuerda
del año cincuenta y dos
cuando tenía usted huéspedes
en la calle de Luzon,
donde al infeliz que entraba
le daba usté aquel arroz
que al que lo comía un mes

no le llegaba la uncion?

LIB. (Aterrada.) No puedo negar mi historia,
pero usted...

DUQUE. Yo soy quien soy,
y no diré nada á nadie
de lo que ya se pasó.
Pero sí quiero saber
que fué de aquella Leonor
que á ocultar su triste estado
en su casa se albergó.

LIB. ¡Ah!

DUQUE. Yo soy ya viudo y viejo,
ya puedo hablar sin temor.

LIB. El mayordomo de un grande
á mi casa la llevó,
yo le debía favores...
¿Era usté el amante?

DUQUE. Yo!
partí á Italia por entónces
con forzosa obligacion,
y mi hombre era... era criado
y basta.

LIB. Pues no volvió.
Yo ya, ve usted, no podía...
¡era un compromiso atroz!

DUQUE. ¡La echó usted!...

LIB. ¡La eché!

DUQUE. Y la pobre...

LIB. Supe luégo que murió...

DUQUE. ¿Tal vez de hambre?

LIB. Y yo qué culpa...

DUQUE. ¿Y su hijo?

LIB. Pública voz
dijo que fué abandonado...

DUQUE. ¿Dónde?

LIB. No lo sé.

DUQUE. Ni yo,
que si lo supiera... ahora
que no espero sucesion,
sería de mi vejez
consuelo, sosten y amor!
Y por usted...

LIB. Una carta
recibí...
DUQUE. ¡Usted!
LIB. Me la dió
un mozo del hospital...
DUQUE. ¡Qué contenía, por Dios!
LIB. La moribunda encargaba
que nunca la abriese yo
si un tal Adolfo Martinez...
DUQUE. ¡Mi falso nombre! ¡Ah, Señor,
gracias! Traiga usté esa carta.
LIB. Pero...
DUQUE. ¡Vamos!
LIB. Pero yo...
DUQUE. ¡Gabriel!
LIB. ¿Qué va usted á hacer?
DUQUE. Pedírsela á él.
LIB. ¡Oh! ¡por Dios!
¡Yo la traeré!
DUQUE. ¡Pronto!
LIB. (¡Ah, pillo!
¡Y cómo me conoció!)

ESCENA XII.

EL DUQUE.

La carta... un dato tal vez
para poderle encontrar...
¡Si Dios le querrá guardar
esta dicha á mi vejez!

ESCENA XIII.

EL DUQUE, SOLEDAD, GABRIEL, FELISA, GIL.

Escena rapidísima.

SOL. ¿Qué dijo?
GAB. ¿Qué ha sucedido?
FEL. ¿Qué pasa?
GAB. Está usté impaciente.

DUQUE. Todo va perfectamente.
FEL. Está usted muy conmovido.
DUQUE. ¿Conmovido? á mi pesar!
¡Qué! Si os lo quiero decir...
Tengo ganas de reir,
tengo ganas de llorar!
No hay ventura que se iguale
á la que hoy colma mi gloria,
¡pero esta doña Liboria
no sale, señor, no sale!
(Dirigiéndose á la puerta por donde se fué Doña Liboria.)
TODOS. Pero...
DUQUE. Nada, alegraos;
yo quiero que os alegreis.
¿Qué sucede? que os quereis
casar? pues bueno, casaos!
Yo lo haré, que es necesario
que hoy se realice la boda.
GAB. ¿Qué?
DUQUE. Porque á mí me acomoda,
porque es dia extraordinario;
porque dentro de un segundo
voy á ser muy venturoso,
y como yo soy dichoso
ha de serlo todo el mundo!
TODOS. Pero señor...
DUQUE. Que yo he sido
alegrillo en mis verdores;
que yo tuve unos amores
y un hijo que se ha perdido.
Que hoy al recordar su historia
pienso que puede existir...
¡Pero quiere usted salir,
señora doña Liboria!
FEL. ¡Un hijo!
DUQUE. Si como espero
vive y anda por el mundo,
¡con qué placer tan profundo
le nombraré mi heredero!
GIL. (¡Gran Dios!)
FEL. ¿Y yo?

DUQUE. Tú ya estás
colocada!
GIL. (¿Eh? yo no afronto...)
DUQUE. Señora, ó sale usted pronto
ó hablo de tiempos atrás!!

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA LIBORIA con una carta.

LIB. Aquí estoy.
DUQUE. ¡Ah!
LIB. ¿Reunion?
DUQUE. ¡Venga!
LIB. Delante de gente...
DUQUE. Ya están todos al corriente!
¡Venga!
LIB. Extraño *sans façon*!
GAB. ¡Dejadle! (Se retiran todos al foro.)
DUQUE. ¡Su letra es!
Veinte añitos esperando...
(Á Soledad.) Lee tú, que estoy temblando
de la cabeza á los piés. (Vacila.)
TODOS. ¡Ah! (Acudiendo á él.)
SOL. ¡Se cae!
DUQUE. ¡No, no, no es nada!
SOL. (Leyendo.) «Muero con la idea fija
»de que si vive mi hija
»ha de ser muy desgraciada.
DUQUE. »¡Una niña! ¡Bien, muy bien!
SOL. »Sé que un hombre criminal
»la ha dejado en un portal
»de la calle de Belen
»la noche del seis de enero
»del año cincuenta y nueve,
»y que allí la espesa nieve
»fué su regazo primero.»
Allí me hallaron á mí!
DUQUE. ¡Sigue!
SOL. En el número dos
me dejaron!
GIL. ¡Sí, por Dios!

Basta de callar. ¡Yo fuí!

TODOS. ¿Eh?

GIL. Liboria...

LIB. ¡Suerte fiera!...

GIL. Que en su casa me albergaba
cuando en Madrid comenzaba
mi existencia aventurera,
me encargó la comision
y de ella cuenta le dí
en una carta y huí
temiendo la delacion.
Y pues hoy roto ya el velo,
Soledad viene á encontrar
su cuna en su propio hogar
como llovida del cielo,
sépase que yo he mediado
en su fatal abandono.

DUQUE. Bien, bien, si yo lo perdono;
si me está bien empleado...
si ya á nadie se le escapa
que mi pasado extravío...
¡Ven, ven acá! (Tendiendo los brazos á Soledad.)

SOL. ¡Padre mio!

DUQUE. (Llorando.) ¡Vaya una chiquilla guapa!

LIB. ¡Y qué gran duquesa hará!

SOL. ¡Oh Dios, que todo lo puedes!...

DUQUE. Señores, presento á ustedes
á Soledad, que á ser va
hoy rica, y noble despues
y heredera de mi nombre;
que el primer deber del hombre
es cumplir como quien es.

FEL. ¡Ay, que impensada custion!

GIL. (¡Maldita mi suerte negra!)

DUQUE. ¡Venga usted aquí, consuegra! (Á Doña Liboria.)

LIB. ¡Ay consuegro, qué emocion!

DUQUE. Todo lo va usté á lograr:
lo que soñó va usté á ver.
Gabriel, esta es tu mujer.

GAB. ¡Señor!

DUQUE. ¡Venid á llorar!

FEL. (Á Gil.) ¿No se lo decía yo?

¿no ve usted como acerté?
no se lo desia á usté
que era mejor Mataró!

LIB. ¡Válgame Dios, y qué historia!

SOL. ¡Ay, cuanta felicidad!

DUQUE. ¡Cuanta miseria, verdad
señora doña Liboria?
Cursis que fingen nobleza,
busca-vidas caballeros,
viejas locas, usureros,
trampas, vanidad, pobreza,
bodas hijas del ardid,
pobres ricos de pasion
y en resúmen, la expresion
de la vida de Madrid,
que en mil absurdos fecundo
es para quien lo ha entendido
el pueblo más divertido
que puede haber en el mundo.

GAB. En él nací.

SOL. Y fué mi cuna.

DUQUE. Pues por eso la moral
de esta comedia trivial
sin trascendencia ninguna,
es que hay en él fe y amor
y almas que saben querer,
porque de todo ha de haber
en la viña del Señor.
Y que habeis de convenceros
de que francos y sinceros
los que han de vivir en calma,
han de seguir los primeros
santos impulsos del alma!

FIN DE LA COMEDIA.